Ellas construyen sus caminos

M. Jose Pérez Moracho

fundación
fundazioa gaztelan

Ellas construyen sus caminos

Autoría y coordinación editorial: M. Jose Pérez Moracho
Fotografías: Noemí Larumbe Jacue
Diseño y maquetación: taller de diseño TdS
[www.traficantes.net/]
Promoción:

Fundación Gaztelan
Las Provincias 6, bajo, 31014 Pamplona-Iruña
Tlfno. 948136020
gaztelan@gaztelan.org
www.gaztelan.org

Financiación:

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

© Fundación Gaztelan
Depósito legal:

Índice

Presentación ____ ‹11›
Marco conceptual ____ ‹15›
Anexo ____ ‹25›
Aproximación geográfica de la procedencia de las protagonistas ____ ‹27›

Ellas ____ ‹31›
Carmen ____ ‹33›
Nunca es tarde, si tú quieres ____ ‹35›
Asun ____ ‹43›
Si crees que puedes lo lograrás ____ ‹45›
Maricica ____ ‹53›
Involucrarte en el país de acogida para formar parte de él...
y retornar a mis raíces ____ ‹55›
Fatima ____ ‹63›
La vida siempre sigue adelante ____ ‹65›
Julienne ____ ‹73›
Miles de kilómetros en busca de un destino ____ ‹75›
Lidia ____ ‹83›
Pedir, sentir y pensar: ¡Yo puedo! ____ ‹85›

Es necesario reivindicar lo hechos de la propia vida
Para convertirse en una misma.
Anne-Wilson Schaef

Es necesario recapitular la propia vida, para reconocerse, verse, mirarse....
seguir construyéndose a sí misma.

Nuestras experiencias son lo único que nos pertenece realmente.

Para Carmen, Asun, Maricica, Fátima, Julienne, Lidia, Lamia, Marcela, Itxaso, M Carmen, Raquel, Conchi, Mamen, Conchita, Amaia, Bea, Kristina, Edurne, Asun, Leire, Unzizu, Kamino, Gloria, Pepa, Antonia, Sara, Miren, Araceli, Magdalena, Mónica, Alizia, María, Maite, Yolanda, Lola, Ahinoa, Miriam, Ascen, Lorena, Luisa, Ana, Noelia, Virginia, Amaya... todas las mujeres que construyen día a día sus caminos.

Agradecimientos:

A las 6 protagonistas de esta historia, por abrirnos sus puertas, sus casas, sus vidas....a Noemí, la fotógrafa, por el cariño, el mimo, la profesionalidad y esas estupendas fotografías, a Iosune por las correcciones y todo lo que me has enseñado y a todas las personas que en la actualidad forman o en otro tiempo han formado parte de Gaztelan. A quienes han creído y apoyado de un modo u otro este proyecto, incluidas las sonrisas...

A empresas, entidades y asociaciones y recursos públicos y privados así como particulares que colaboran, creen y apoyan el proyecto global de Fundación Gaztelan.

Gracias por hacer posible este libro.

Presentación

Quiénes somos Fundación Gaztelan

En 1981, un grupo de personas deciden unir sus esfuerzos en la búsqueda de alternativas laborales dentro de un contexto socioeconómico de recesión y desempleo.

De ahí surge el Taller-Escuela de la Txantrea, un proyecto formativo y laboral de fontanería, soldadura y reparación de vehículos, aerogeneradores y electrodomésticos, reconocido por el Gobierno de Navarra y por el Ministerio de Educación.

Poco después se constituyeron dos cooperativas, una de aerogeneradores y otra de fontanería, así como un Centro de Promoción de Empleo para jóvenes. Gaztelan (empleo joven) se constituye como Asociación en 1987 y recoge el testigo de las experiencias anteriores en cuanto a servicios de promoción de empleo.

En 1995 se inscribe en el Registro de Fundaciones, siendo declarada de interés social por el Gobierno de Navarra.

Nuestra Misión es facilitar la incorporación social de personas en situación o riesgo de exclusión a través de la inserción laboral y contribuir al desarrollo de una economía solidaria en la que las personas sean parte activa y fin de la economía.

Cómo lo hacemos: modelo global e integrado

Como resultado de una larga experiencia en la promoción de empleo; en la actualidad desarrollamos un modelo que integra todas las fases de incorporación. El modelo adoptado funciona como un circuito integral de servicios y acciones articuladas; desarrollando itinerarios de incorporación que se ajusten a las distintas situaciones y momentos personales. Para ello desarrollamos actividades en diferentes ámbitos: acogida, orientación, información socio-laboral, intermediación laboral con empresas, asesoramiento a iniciativas de empleo y autoempleo, creación y consolidación de empresas propias, formación, acompañamiento y seguimiento en el puesto de trabajo, coordinación y trabajo en redes, sensibilización social, impulsar la igualdad de género, investigación y propuestas.

Grupos de Interés

Nos dirigimos a personas en situación de desigualdad, precariedad, vulnerabilidad, situación o riesgo de exclusión social, con una especial atención a las mujeres. Nos estamos refiriendo a inmigrantes, minorías étnicas, mayores de 40 años, familias monomarentales, perceptoras de renta básica, con discapacidades, en desempleo de larga duración, con problemas de alcoholismo y drogodependencias entre otras.

Incluimos a todos los grupos sociales afectados directa o indirectamente por la prestación de los diferentes servicios, y a la sociedad en general, ya que todos y todas ellas son el eje sobre el que gira nuestra actuación.

El Porqué de este libro

En Gaztelan conocíamos muchas historias de mujeres que, pese a las dificultades que encuentran en el camino, día a día van construyendo sus destinos. Que poco a poco van creyendo con más fuerza en sí mismas y van sintiéndose más poderosas.

Ellas nos hacen visible y nos trasmiten esa fuerza, ese poderío, en los tramos del camino que caminamos a su lado, en el acompañamiento que realizamos en su itinerario hacia una vida plena.

La inserción sociolaboral constituye una realidad muy pocas veces conocida y valorada. Existen muy pocos referentes femeninos en este sentido.

Este libro es pues, la herramienta que hace de altavoz de estas mujeres, visibilizando su propio poder para construirse.

Se trata por tanto de una recopilación de distintos procesos de integración sociolaboral de mujeres, donde ellas son las protagonistas de su historia vital.

Las seis protagonistas, son mujeres que un día decidieron dar un salto, ir más allá de las complicadas circunstancias y situaciones que les toca vivir.

Asimismo pensamos que es importante reflejar, como muestra, para poner de manifiesto la importancia del trabajo en red, en equipo. Las asociaciones, entidades públicas y privadas, así como empresas y particulares que han tenido que ver en estos procesos. En este sentido son nombradas en este libro las que han sido nombradas por las protagonistas en el transcurso de las entrevistas.

Otra de las razones es exponer desde una perspectiva diferente, a la ciudadanía en general esta realidad cotidiana que nos acompaña en nuestra ciudad, sea esta Pamplona o cualquier otra, pues es una realidad palpable en cualquiera de nuestras ciudades.

Aquí se muestran seis historias reales, que en cierto modo podrían reflejar a muchas más mujeres; pues sin duda habrá en estos recorridos, alguna parte que se asemeja al camino de tantas otras.

Cada historia es distinta y sin embargo todas son similares. En todas ellas, las mujeres se hacen protagonistas de sus vidas. Descubren su poderío, lo cuidan lo miman, lo hacen más grande cada día y le sacan brillo. Son historias corrientes de mujeres que han tenido que andar contra corrientes muy fuertes.

Por ello queremos dedicar este libro a todas esas mujeres, las que están y las que no están en él. Mujeres que a pesar de las dificultades, cada día deciden ser las propias protagonistas de su historia y caminan construyendo día a día su destino.

Marco conceptual

En un libro donde se cuentan historias representativas de mujeres, es importante construir un marco de la situación de las mujeres a través de la historia. Con el fin de aproximarnos más a la realidad y de comprender así desde un contexto más global, acercamos la mirada al mundo del trabajo, la economía sumergida, la inmigración y la pobreza, entre otras, desde una perspectiva género.

La herencia social recibida

Se aprende a ser mujeres u hombres de manera muy sutil, a través de los referentes que tenemos, los símbolos, las órdenes, los consejos, gestos...en definitiva formas de comportamiento de nuestras antecesoras y antecesores. Así se copia y se hace lo que se ve generación tras generación.

Por ello conviene tener en cuenta que una sociedad va transmitiendo y asumiendo unos modelos asignando tareas y funciones determinadas a mujeres y hombres, llamados roles.

Estos roles se transmiten y aprenden mediante la socialización, en casa, en la escuela, con las amistades, en el trabajo, impregnando toda una sociedad.

De este modo la herencia que ha recibido la sociedad actual es la de unos roles diferenciados según el sexo de las personas, o sea creando diferencias entre las funciones y tareas pre-asignadas a hombres y mujeres.

En este sentido, los roles atribuidos al universo femenino, tienen que ver con el cuidado de la familia y el mundo de los afectos, anteponiendo el bienestar de la familia al suyo propio. En contrapunto los roles atribuidos al

universo masculino, tienen que ver con el sustento de la familia mediante el trabajo asalariado y la protección a través de la fuerza física.

Por tanto, a la mujer siempre se la sitúa dentro del ámbito de lo doméstico, lo que se llama, esfera privada y al hombre en el público, la esfera pública.

Cada persona asume su rol, por estar aceptado por la sociedad, de tal manera que se percibe como algo normal y natural, que se interioriza sin cuestionarse, entrando a formar parte de la cotidianeidad.

Asumiendo como natural lo que es un producto social derivado de un reparto de responsabilidades que se asignan antes de que se tome si quiera conciencia de si se es hombre o mujer.

Directamente relacionados están los estereotipos, generalizaciones rígidas y simplistas, que forman parte de la cultura de grupo. Se transmiten igualmente de generación en generación y evolucionan más lentamente que la sociedad. Simplificando y distorsionando la realidad, de acuerdo con moldes que se encuentran preestablecidos Predeterminando así los comportamientos y actitudes correctas e incorrectas de mujeres y hombres, asignando diferentes valores a los papeles que juegan unas y otros.

Lo que se ha denominado estereotipos de género. Existen numerosos ejemplos de esto, los hombres no lloran, se los relaciona con, lo mental, racional, la técnica, son aventureros, ambiciosos, realistas, hábiles, competitivos, seguros de sí mismos, poco emotivos y orientados al mundo y a la técnica. Las mujeres son sensibles, obedientes, agradables, habladoras, cuidadosas, sociables, dulces, dependientes, emotivas, más interesadas por la estética y el cuidado físico y poco interesadas en la técnica, se asocia a naturaleza, cuerpo, cuidado, irracional.

Lo que nos lleva a recordar el hecho de la importancia de mostrar otros modelos femeninos y masculinos, otros referentes femeninos. Como los que se exponen en este libro.

Cabe recordar que los medios de comunicación han fortalecido la utilización de la imagen de la mujer identificándola como ama de casa, independientemente de que ejerza una profesión fuera del entorno del hogar, madre, responsable de las tareas domésticas, dependiente y pendiente

del hombre, dulce, cariñosa, cotilla y muy bella (lo que viene a reforzar la importancia de ésta como mero objeto). En raras ocasiones se refleja a las mujeres tomando decisiones o como profesional de algún campo que esté relacionado con la ciencia o la técnica. Igualmente la publicidad, la literatura, la televisión también tiende a perpetuar los estereotipos masculinos y femeninos.

Dicho de otro modo, este modelo de socialización heredado perpetua la imagen de las mujeres como objetos y no como sujetos activos.

La división sexual del trabajo

En este marco y tomando la historia, el proceso de industrialización dio paso al trabajo asalariado, creando una división del trabajo tal que la vida se contempla dividida en dos esferas, el trabajo del hogar, esfera privada, se toma como lugar elegido de las actividades femeninas y el trabajo fuera del hogar, la pública como el correspondiente a las masculinas.

Los hombres sustentan económicamente a la familia y las mujeres atienden las labores del hogar y necesidades afectivas.

Pese haberse producido espectaculares cambios en el nivel de participación de las mujeres en los trabajos remunerados, no se deben extraer conclusiones precipitadas. Hay que destacar algunas realidades actuales al respecto.

El hecho de haber heredado una diferencia según sexo en las atribuciones laborales, dentro y fuera de casa, hace que se origine así mismo una división sexual en el trabajo asalariado o no.

Por una parte las tareas del cuidado de personas dependientes, tanto criaturas como personas mayores, sigue asumiéndose mayoritariamente por las mujeres, así como las tareas del hogar. Para la reflexión, un ejemplo[1]: Imagina que a través de una ventana ves a una mujer cocinando y atendiendo una criatura, ¿Se sabe si ese trabajo es asalariado o no? ¿Es una mujer que cuida de su hija? O ¿Es una mujer que trabaja como empleada de hogar? No está claro, si en ese supuesto colocamos un hombre, la cosa se clarifica.

1. extraído de las ponencias de la jornada "Mujeres en la cuerda floja" Realizada por Fundación Gaztelan Junio de 2008

Este "juego" muestra como la imagen de la mujer está relacionada con las labores domésticas y del cuidado de personas, de esta sociedad, sean remuneradas económicamente o no.

Existe además una diferencia salarial entre mujeres y hombres, Las diferencias salariales están ligadas a una serie de factores legales, sociales y económicos cuya importancia se extiende mucho más allá que el solo tema de igualdad salarial por un trabajo de igual valor.

Estas diferencias salariales, unidas a la atribución del cuidado de la familia hace que generalmente en el modelo familiar dónde un hombre y una mujer trabajan sea la mujer la primera en plantearse dejar el trabajo asalariado, o solicitar una reducción de la jornada, para quedarse en el hogar al cuidado de la prole y asumiendo las tareas del hogar. Lo que lleva a afirmaciones del tipo: ellos "ayudan" a las mujeres en las tareas domésticas, dando por hecho que esas labores corresponden a las mujeres, y la afirmación por parte de las mujeres de que su trabajo asalariado constituye una "mejora de los ingresos" Perpetuando así los modelos, que favorecen que el hombre se promocione en lo profesional y la mujer permanezca en el hogar.

Con ello se arraiga, lo que M Jesús Izquierdo denomina el binomio, madre/ama de casa y padre/ganador de pan, que por una parte, exige a la madre de una plena disponibilidad, sin límites, para el cuidado de sus criaturas, y un padre capaz de aportar en solitario los medios que permitan satisfacer los deseos y necesidades materiales.[2]

Hay que reseñar, además, la importancia sobre la diferencia que existe entre construir una autoestima apoyada en el reconocimiento de los logros profesionales basados en algo objetivo como el dinero, y una construida a costa del beneplácito de unas personas con las que hay una unión afectiva, donde no es fácil objetivar ni mucho menos separar lo familiar y el día a día del trabajo.

Asimismo y en consecuencia a lo expuesto anteriormente existen profesiones masculinizadas y feminizadas. Por ejemplo, hasta hace bien poco las mujeres no conducían taxis, autobuses o camiones y lo mismo pasa con otras profesiones

2. Mª Jesús Izquierdo DEMOCRACIA FAMILIAR Y CUIDADO DE LAS CRIATURAS Publicado en Bayo-Borràs, Izquierdo et alter, *El món laboral, la vida domèstica i la criançadels fills*. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 1999.

atribuidas históricamente a los hombres. Por fortuna todo esto va cambiando como se comprueba con las historias trasmitidas en este libro, a pesar de que todavía hay puestos a los que las mujeres no pueden acceder.

Economía sumergida, mayoritariamente sumergida

La economía sumergida o empleo no declarado, es algo que ha venido practicándose a lo largo de la historia, a pesar de conseguirse la legalización de los derechos de las personas trabajadoras.

Trabajar en la economía sumergida, supone una desprotección de los derechos laborales y sociales, en contrapartida del sistema de protección que supone un trabajo asalariado articulado mediante un contrato de trabajo, dónde quedan reconocidos los derechos de la persona trabajadora, de cotización, bajas por incapacidad, maternidad, derecho a vacaciones, el derecho a la promoción profesional, formación, representación sindical y un largo etc. de derechos no amparados en la economía sumergida con lo que eso supone.

En relación al tipo de actividades y el territorio, la economía sumergida es diferente según el tipo de actividad y territorio. Sin embargo hay un tipo de trabajo, el de servicio doméstico que engloba, las tareas del hogar y atención de las personas. Que no está caracterizado por diferencia territorial, se ha dado y se da, masivamente en todos los territorios indistintamente y que se lleva a cabo por mujeres en la inmensa mayoría de los casos. Mediatizado por una división sexual del trabajo, incluso no ha estado considerado empleo en muchas ocasiones, siendo además invisible.

Algunos datos para reflexionar:

En Navarra, según un estudio[3] presentado en enero de 2009 el 71,7% de la "economía sumergida" se da en el servicio doméstico.

Además según el estudio el 84% de las personas que trabajan sin cotizar son mujeres. El 35% tiene entre 16 y 29 años. El 92% del trabajo es en ocupaciones no cualificadas. El 40% son personas inmigrantes.

3. Datos extraídos del estudio realizado por Amaya Barandita para UGT sobre mujeres búlgaras y rumanas en Navarra y presentado en Pamplona en marzo de 2009.

Aunque muchas veces se plantea que el trabajo no declarado obedece a una circunstancia puntual, para el 70% de personas trabajadoras este empleo dura más de un año. [4]

La feminización de la pobreza

El término, feminización de la pobreza, hace referencia a que la pobreza se acusa más, con mayor intensidad y de manera más frecuente en mujeres.

Procede de un tipo de reflexión teórica y de una metodología de investigación sobre las relaciones económicas y sociales sensible a las diferencias de género.

En definitiva, la propia conceptualización de la pobreza, así como las mediciones sobre ella, afecta de manera diferente a hombres y mujeres. Desde este punto de vista, las causas estructurales de la pobreza se encuentran en la interacción entre factores como la dependencia, derivada en gran medida por la distribución de los roles, la familia, el mercado de trabajo y los sistemas de protección social.

Para explicarlo de un modo más legible se ejemplifican analizando diferentes factores:

Un factor, la economía sumergida, retomando el apartado anterior, el 84% de las personas que trabajan en economía sumergida en Navarra, son mujeres, todas estas mujeres están excluidas de los sistemas de protección que suponen la cotización a la seguridad social, el derecho al desempleo, la baja por enfermedad, dicho de otro modo, día que no trabajan, no cobran, independientemente de sus circunstancias, por ello no pueden permitirse estar enfermas. O por ejemplo, una vez terminado el empleo (porque las criaturas han crecido, la persona mayor a muerto, o por cualquier otra causa) no tienen derecho al salario por desempleo mientras encuentran otro empleo. Sin mencionar los bajos salarios derivados de la economía sumergida.

Otro factor son los salarios percibidos en el caso del Servicio Doméstico con contrato laboral. Estos datos son otro de los factores que hacen imprescindible utilizar el término feminización de la pobreza, teniendo en cuenta que la mayor parte de personas afiliadas al régimen de Empleada de Hogar son mujeres.

4. Ídem.

El 97% de las mujeres afiliadas al régimen de empleada del hogar en Navarra son inmigrantes. Además, las trabajadoras extranjeras cobraban de media en 2006 un 25,4% menos que las mujeres navarras y un 26% menos que los hombres de origen extranjero.[5]

Por otra parte, está la diferencia salarial, los salarios de las mujeres son inferiores a los de los hombres, incluso cuando el trabajo que desempeña es igual al del hombre, las mujeres reciben menor sueldo en muchas ocasiones.

Además el 2 trimestre de 2008 el número de mujeres contratadas a tiempo parcial era de 5,92 por cada hombre[6] todo ello nos lleva nuevamente a una visión de conjunto, pudiendo afirmar que las mujeres perciben menos ingresos que los hombres.

El último factor a señalar hace referencia a modelos familiares. Hay que tener en cuenta que los casos de personas adultas solas que viven con descendencia están mayoritariamente encabezados por mujeres. En 2007 hay un total de 308,9 (miles) hogares españoles de padre solo o madre sola, con hijas y o hijos menores de 18 años, de los cuales 268,3 (miles) eran monomarentales (de madre sola).[7]

Todo lo expuesto anteriormente, son factores influyentes que clarifican el término: feminización de la pobreza.

La inmigración desde una perspectiva de género

El proceso migratorio liderado por mujeres

> *"la nueva familia vive con quien posee la tierra, los propietarios de la herencia son los varones; por ello la mujer ha sido siempre la viajera"*

Parece que históricamente ha sido la mujer la que siempre ha migrado siguiendo al marido. Sin embargo cada vez más, las mujeres, son las que emprenden el viaje en solitario, siendo pioneras de los procesos migratorios.

5. Fuente: Datos extraídos del estudio realizado por Amaia Barandica para UGT sobre mujeres búlgaras y rumanas en Navarra y presentado en Pamplona en marzo de 2009

6. Fuente: EPA. Organismo: INE.

7. Datos extraídos del ministerio de igualdad. *Publicaciones Estadísticas, Mujeres y hombres en España 2009*.

Las mujeres son claras protagonistas de los movimientos migratorios. Respondiendo a diversas necesidades, personales o familiares. En algunos casos vienen ellas primero como una estrategia familiar en función de las posibilidades de acceso al empleo, que en muchos casos, son mayores para ellas por emplearse éstas en el servicio doméstico y de cuidados. En otros casos, escapan de una situación de pareja insostenible u otras causas. También en estos casos, accederán mayoritariamente, sobre todo en los inicios, al empleo de cuidadoras.

Datos de inmigración en Navarra

En los resultados del estudio de la encuesta de inmigración en Navarra 2008, se observa que todos los grupos migratorios, independientemente de la zona geográfica a la que pertenezcan, han incrementado el número de mujeres, hay una tendencia hacia la paridad desde 2000 hasta 2008. Las personas procedentes de África siguen siendo mayormente hombres, así como las de Europa del Este. Las mujeres son mayoría en el caso de América Latina.

Además la proporción de mujeres entre la población africana en general y la de Europa del Este ha aumentado durante los años 1998-2008.

Por otro lado El porcentaje de mujeres que manifiestan motivos no económicos entre las razones que les llevaron a emigrar es del 14,5% en 2008, 7,8 puntos por encima del de los hombres.

No obstante si hablamos de nacionalidad el 50,3 del total de las personas inmigrantes con nacionalidad española son mujeres.

Siguiendo con datos de la encuesta mencionada anteriormente. Teniendo en cuenta el salario neto por hora trabajada, la proporción de personas infrapagadas o sobre explotadas (con una remuneración inferior al SMI por hora) se redujo en 2003 respecto a 2000 en casi 5 puntos. En 2008 esa proporción también ha disminuido pero ha sido en apenas un punto. Los datos extraídos demuestran que la sobreexplotación afecta en mayor medida al colectivo latinoamericano y magrebí, al servicio doméstico (ocupación feminizada), a las mujeres inmigrantes en general y significativamente al empleo irregular.

Si tomamos la nacionalidad del conjunto de la población inmigrante (principales grupos) la incidencia del desempleo resulta de nuevo destacada en el

colectivo magrebí. En este sentido resulta todavía más preocupante la importante tasa de desempleo sufrida por las mujeres procedentes del Norte de África, donde casi cinco de cada diez activas se encuentran en paro. Como en anteriores casos la necesidad de abordar esta problemática no proviene tanto de su impacto cuantitativo -de hecho el porcentaje de mujeres en este colectivo es reducido si lo comparamos con otros grupos como el latinoamericano- sino más bien de su impacto cualitativo en cuanto a la necesidad de equiparación e igualdad sociolaboral de estas mujeres.

Empoderamiento o poderío

Los roles y estereotipos expresados anteriormente, han calado tan hondo en el pensamiento colectivo que las mismas personas no se creen capaces "de", por ello se hace preciso, desmontar ese temor, reconociendo el propio poder y así facultarse para ser capaces "de".

Dicho de otro modo, estos roles y estereotipos interiorizados hacen de freno en el crecimiento personal, por tanto el empuje hacia el desarrollo, es el empoderamiento.

La palabra empoderamiento viene del inglés *empowerment* y significa facultarse, habilitarse, autorizarse.[8]

La filosofía del empoderamiento nos traslada al enfoque de la educación popular desarrollada a partir del trabajo de Paulo Freire, en los 60. Freire plantea que la persona debe ser partícipe de la transformación del mundo por medio de una nueva educación que le ayude a ser crítica de su realidad, busca sacar a la persona de su situación de inconsciencia y de pasividad. Promoviendo que la persona sea activa, consciente, responsable, protagonista activa de su historia.

Empoderamiento femenino

Los movimientos sociales en general han utilizado esta palabra para explicar que quienes están sometidas a diversas formas de opresión requieren poderes para hacerle frente y que dichos poderes sean interiorizados y formen parte de su propia persona y de su manera de ser y de existir.[9]

8. Marcela Lagarde y de Los Ríos Proyecto Equal I.O Metal Cuadernos para el empoderamiento de las mujeres, *Cuaderno 1. Vías para el empoderamiento de las mujeres*, Pág. 1.

9. Ídem.

Por tanto las mujeres se van empoderando, a lo largo de su proceso vital, siendo parte activa de su historia, abarcando en este sentido todos los ámbitos de su vida. Otorgándose poder, poderío, así mismas y para sí mismas.

Aplicado desde una perspectiva de género, a la condición y la situación de las mujeres, el empoderamiento consiste de manera literal en el proceso a través del cual cada mujer se faculta, se habilita y se autoriza. Esto es relevante debido a la constante desautorización de las mujeres y a las dificultades que el mundo nos presenta para habilitarnos, es decir para capacitarnos, sentirnos y ser capaces, y para facultar, es decir para tener la facultad o el poder de hacer cosas y de vivir con autoridad, es decir valoradas y reconocidas.[10]

Por tanto, una mujer se empodera cuando va interiorizando esas capacidades y se van sumando, convirtiéndose en poderes vitales, se vuelven su forma de ser, parte de ella. Por ello empoderarse es algo que elabora cada quien. No tiene por que ser lo mismo para unas que para otras, para una persona aprender de adulta a andar en bici puede ser empoderarse mientras que para otra lo puede ser aprender informática o taichi, aquello que inicialmente produce temor o inicialmente no se cree capacitada de aprender o llevar a cabo.

Es algo que hace una misma, es por ello que una se empodera, no la empoderan. Una se siente capaz de hacer y hace, y va sumando, poderío. Por eso, nadie empodera a nadie.

Empoderarse es por tanto el proceso de transformación mediante el cual cada mujer, poco a poco se convierte en parte activa de su propia historia.

Así en este marco nace la iniciativa de poner voz a una muestra de mujeres empoderadas, cuyos procesos vitales han pasado por diversas fases

10. Marcela Lagarde y de Los Ríos Proyecto Equal I.O Metal Cuadernos para el empoderamiento de las mujeres, Cuaderno 1 Vías para el empoderamiento de las mujeres Pág. 5.

Anexo

La regularización de las personas inmigrantes

En este sentido, puesto que en este libro aparecen casos reales de situaciones que han conseguido legalizarse de un modo u otro. Recogemos en este apartado algunas cuestiones relativas a ello, con el fin de clarificar las condiciones y la dificultad, cada vez mayor, que supone conseguir legalizar la situación a las personas inmigrantes.

Desde que concluyó el proceso de regularización extraordinario de en mayo de 2005, el arraigo es, prácticamente, la única vía que tienen las personas inmigrantes sin papeles para regularizar su situación en España y obtener el permiso de residencia. Se trata, en definitiva, del procedimiento ordinario de regularización. Esta fórmula, recogida en el Reglamento de Extranjería, exige una serie de requisitos y documentos que, muchas veces, resultan difíciles de conseguir.

La otra opción es recibir en el país de origen una oferta de empleo, dentro de las catalogadas como ocupación de difícil cobertura. Es decir empleos que aquí no están cubiertos ni hay personas en desempleo con esa profesión. Se catalogan trimestralmente por provincias, actualmente en Navarra no hay ocupaciones de estas características, excepto las dos ocupaciones aprobadas para todas las provincias por acuerdo con la Secretaría de Estado para el Deporte, que son deportista profesional y entrenador o entrenadora deportiva.

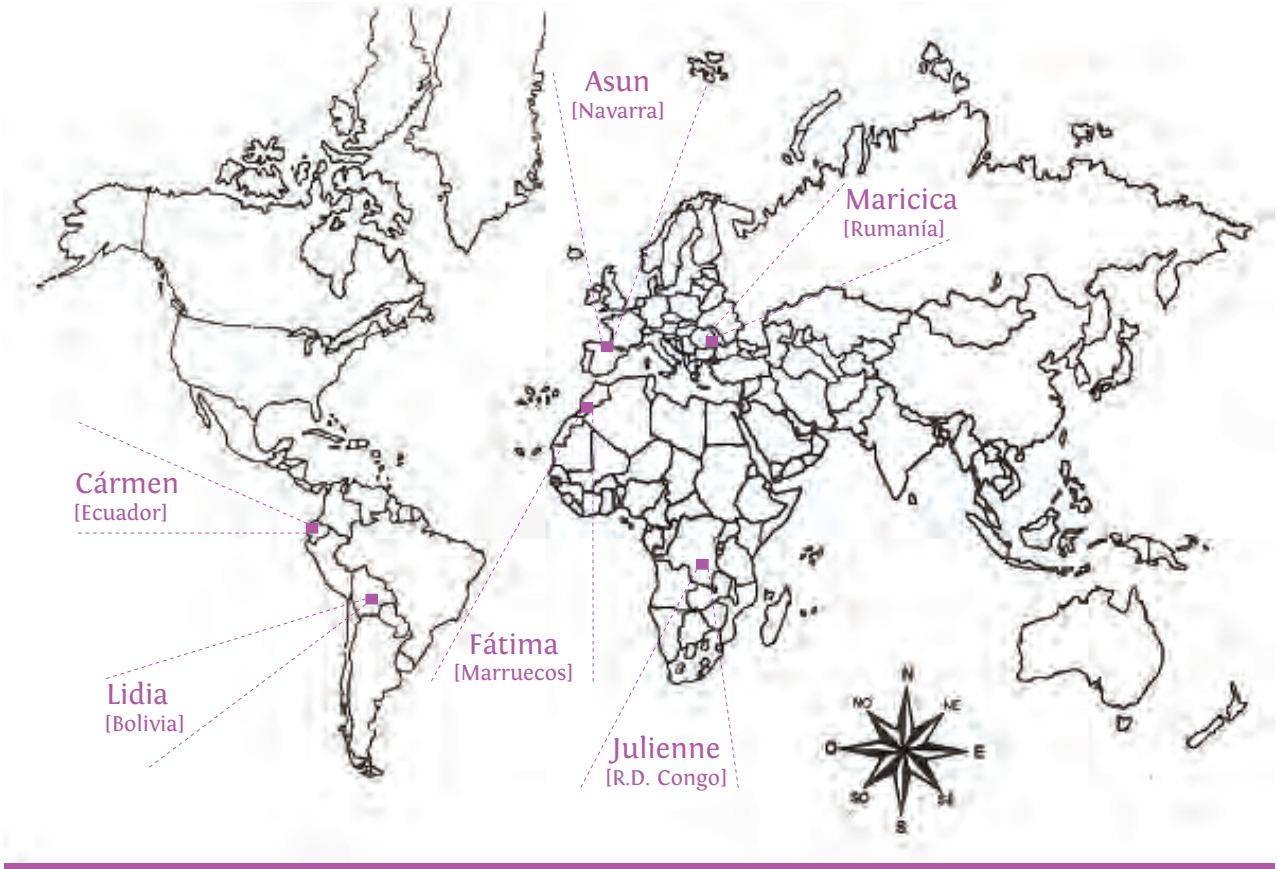
Por supuesto que otra opción es el reagrupamiento familiar que afecta a familiares directos, cónyuge o análogo, hijas e hijos menores de 18 años que no se hayan casado y ascendientes mayores de 65 años.

Desde el año 1991 se han puesto en marcha siete procesos extraordinarios de regularización, en los años 1991/1992, 1996, 2000, 2001 (tres en este año: una de oficio, otra que afectó sólo a las personas de nacionalidad ecuatoriana y la tercera la denominada "regularización por arraigo") y la última en el año 2005.

A finales de noviembre de 2009, el Congreso español ha aprobado una nueva ley de extranjería. La anterior, la Ley Orgánica 4/200, de 11 de enero, fue modificada cuatro veces mediante las siguientes leyes: Ley Orgánica 8/2000, de 22 de diciembre; Ley Orgánica 11/2003, de 29 de septiembre; Ley Orgánica 14/2003, de 20 de noviembre y la Ley Orgánica 14/2003, de 20 de noviembre.

La nueva ley, aunque recoge algunas mejoras, es criticada por más de 500 ONG e instituciones como el Consejo General de la Abogacía Española (CGAE); Cruz Roja, Amnistía Internacional o la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR), Cáritas Española, la Red Española de Lucha contra la Pobreza (EAPN-ES), etc. Así como la inmensa mayoría de las asociaciones de personas inmigrantes.

Aproximación geográfica de la procedencia de las protagonistas



ELLAS...

A ti que dejaste a un lado los desgarros vividos para seguir caminando.

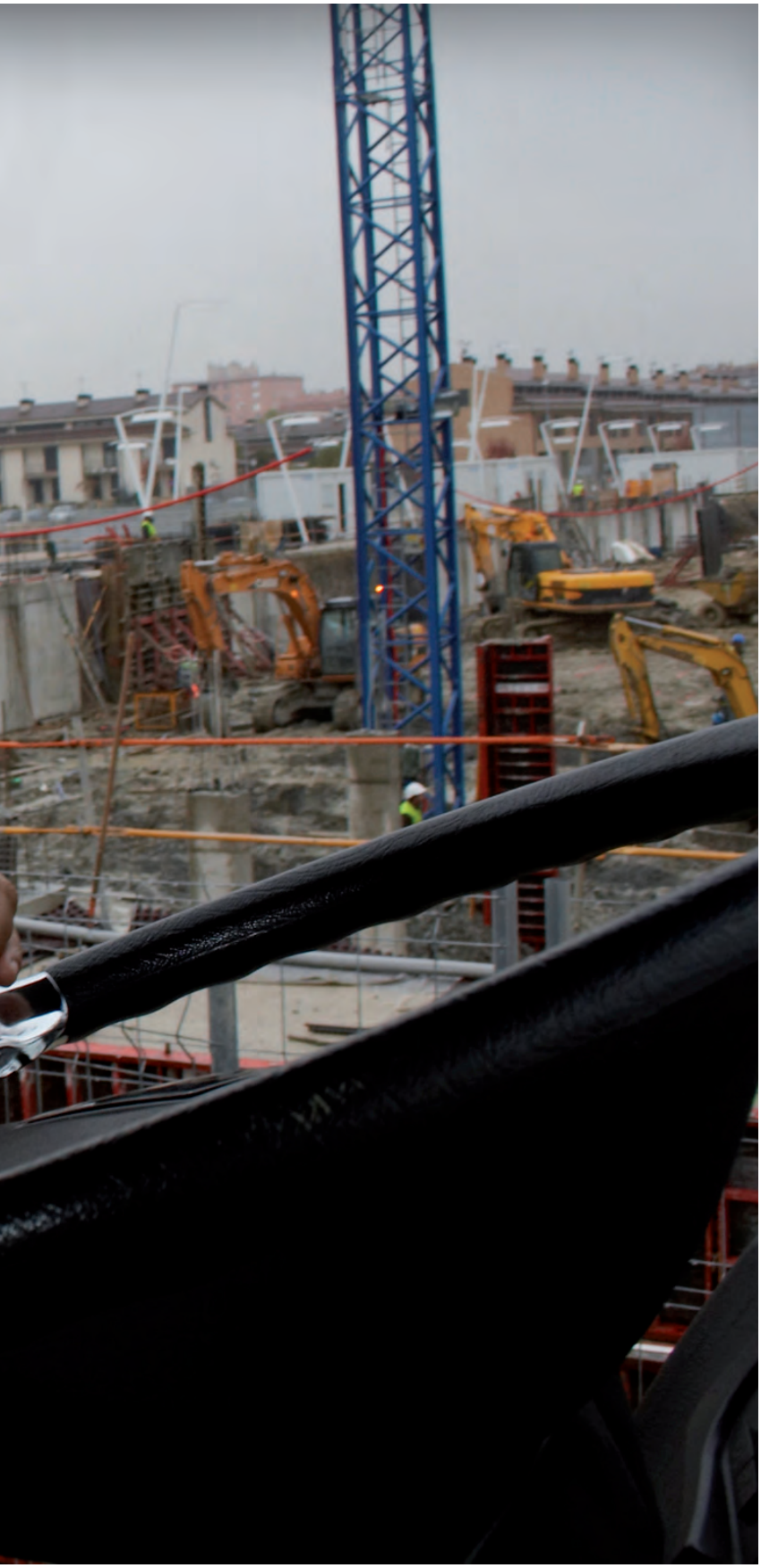
ELLAS...

Te recuerdo
Andabas decidida
En busca de tu sitio.

No hay tiempo ahora
De más recuerdos
Quedan atrás
Los dolores,
La tristeza que oprime,
Las noches sin dormir,
Los días sin pan,
Los días sin ti,
Los días sin mí,
Los días sin tus hijas, sin tus hijos
Los días sin nadie
Los días de mirarte y no reconocerte
Los sueños rotos (reconstruidos una y otra vez)
Los días de ¡vuelta a empezar!

Hoy, te encuentro de nuevo en mi camino
Te veo plena, sonriendo.
Tu cuerpo, se mece suavemente
Con su dulce vaivén
Mientras cabalgas victoriosa avanzando en tu destino

M . Jose Pérez Moracho



Igualdad de oportunidades

La mujer puede hacer lo mismo
que un hombre,
Puede trabajar en la mina
Aunque se llame Cristina.
Puede trabajar en la marina
Si no es demasiado fina.
Puede ser terrorista
y a la vez catequista.
Entre el hombre y la mujer
ninguna diferencia podemos ver.
Aunque, alguna gente quiere creer
que no existe la mujer
Dios creó a dos
para hacer un mundo mejor.
Algunos hombres a la mujer
quieren tapar
como los talibán,
Les ponen un velo
para que no vean en cielo.
También hay hombres normales
que piensan que somos iguales.
¡¡¡Estos si que son legales!!!
Debemos pensar
que existe la igualdad de oportunidad.
Que lo mismo podemos trabajar
Y también estudiar.
Pues cada cual su vida se tiene
que buscar.

Carmen Rosa Quinatoa

CARMEN

NUNCA ES TARDE, SI TÚ QUIERES

Cuando Carmen me abre la puerta descubro una mujer menuda. Sorprende que ha dado en su salón un lugar privilegiado a una mesa de estudio. Es la única hija mujer de una familia acomodada de Ecuador, donde nació hace 36 años. Entonces tenían una finca, recuerda, con una casa grande, mucha luz, abundancia..., una madre hogareña y un padre muy solidario que compartía todo lo que tenía con quien se acercara a la finca. Recuerda aquella época con cariño. Su padre al que se le acercaba mucha gente a pedir ayuda conoció el caso de una niña que tenía problemas así que animó a la familia y la adoptaron -"mi hermanita pequeña"- cuando Carmen tenía 9 años, un momento muy emocionante. Pero al poco tiempo el padre muere y la historia familiar da un giro.

El viaje y los comienzos

Hablamos de su decisión de venir a España. Carmen vivía en Quito, donde regentaba un taller de costura con un socio. El taller iba bien. Ella vivía entonces con su hija y su hijo. Su marido se había quedado en el pueblo y la distancia había ayudado a desahogar un tanto los problemas de convivencia. Pero cuando él aparecía por el taller afloraba nuevamente la violencia. Y pensó entonces que la distancia debía ser mayor; animada por amistades que conocían la situación que atravesaba, decidió viajar a España, poner más tierra por medio.

Tenía dinero guardado y su hermano le prestó algo más. Recuerda perfectamente lo que le costó entrar como turista a España. Además, no tenía firmada la autorización de su marido para salir de su país. Sonríe mientras relata cómo un profesional de la frontera le ayudó a hacer el "garabato", a imitar la firma de su marido. Así vino a recalar a España, "a ciegas, sin familia ni personas conocidas".

No contó que se iba; no se despidió de su madre, ni de su hija de 7 años que dejó con una tía, ni de su hijo de 2, que dejó con su hermano. Después llamó, poniéndoles al corriente y su madre mandó a Quito a su hermanita para hacerse cargo de las criaturas. Entonces ella sólo tenía una idea en la cabeza: conseguir dinero, mandarlo a su país y construir una casa para su hija e hijo. Cuando estuviera hecha, viajaría a Ecuador con dos pasajes más, para traerles aquí, a su lado.

"Llegué un lunes, el 21 de noviembre de 1999, a las 10 de la noche, ¡Jolín, qué frío! Hasta la ventana parecía quejarse del frío y pensé ¿aquí podré vivir?", recuerda. Se quedo en una hospedería. Durante el viaje hizo una amiga que le habló de alguna asociación que podría ayudarla. Comenzó trabajar como interna, haciéndose cargo de un señor. "Sólo respiraba, le daba de comer con jeringas. Al tiempo murió y puse un anuncio en el periódico", cuenta. Le salió otro trabajo durante seis meses, "cuidando a dos niños y una niña". "Me quedé a vivir con la abuelita del primer trabajo. En el trayecto conocí Gaztelan, acudí a la oficina y Kristina me consiguió unas horitas con una pareja de personas mayores y acabé allí de interna".

Mientras tanto, fue mandando dinero a Ecuador, para su familia, para esa casa que tenía en mente, primero comprar el terreno, después ir construyéndola. "[...] Y cuando la casa esté hecha, ¡os traigo! Lo único que tenía en la cabeza darles un futuro a mis hijos y hacerles una casa", reconoce. Su hija le iba contando como avanzaba la casa, todo lo que trabajaban para acabarla cuanto antes y que llegara así pronto el día que ella pudiera volver a por ella y su hermano.

Conseguir los papeles

"La abuelita del primer trabajo me ayudó con los papeles. Sus hijos trabajaban en el Ministerio de Trabajo y me hizo un certificado de que trabajaba. Luego esas colas, tres noches en la calle para poder tramitarlos... Me hice amiga de una chica y dormíamos juntas en el saco para dormir más calientes", recuerda. La abuelita, como ella le dice, le dio un saco de dormir y una almohada. "[...] Y a las siete de la mañana me llevaba el termo con el desayuno. Era como una madre para mí. Con los papeles en la mano ya era otra cosa."

En esa época su hijo enfermó. "Sufría mucho por mi hijo, le dio un soplo al corazón, pensé en irme y la abuela lloraba para que no me fuera, estaba convencida de que él se curaría y que desde aquí podía mandarle el dinero para los costes médicos"

Habló con el médico que lo trataba y éste le explicó que ya había pasado el peligro y que lo que tenía que hacer era hablar con él mucho. "Decía que solamente oírme hablar a mí lo iba a poner mejor y entonces yo hablaba con él todos los días. Me acuerdo que a la abuelita le pedí por favor un día llamar por teléfono y ella me dijo: Lo que hay en esta casa es tuyo, tú no tienes que pedir permiso. [...] Gracias a la abuela, que si no yo me iba". Un día el niño le

dijo a su madre que no se preocupara, que se iba a curar y así fue. Para ella fue díficil, sabía que él la necesitaba, pero ella aguantó aquí para costear la curación a pesar de querer estar con él.

Viaja y vienen tres

Por fin le dieron la noticia de que la casa estaba acabada. Pidió un préstamo para los pasajes y fue a Ecuador en su busca, con los billetes en la mano para volver tres. Era el año 2003. Al principio el hijo no la reconocía. "Me decía, tú no eres mi mami, mi mami está en España, hasta que su hermana le enseñó una foto y ya poco a poco, como ella estaba muy pegada a mí, se fue haciendo él también y ya empezó a llamarme mami, dormía con ella a un lado y él al otro".

No faltaron los problemas. Su marido no quería firmar la autorización para que viajaran con ella, intentó chantajearle. Finalmente Carmen le dejó claro que no iba a ceder a sus chantajes y que ella solo pretendía una vida mejor para su familia. Así, al final llegaron a una especie de acuerdo, primero las criaturas, después intentaría una reagrupación familiar con él, con la condición de que viniera a España a ayudarla a conseguir un buen futuro para las criaturas.

Y llegan a Navarra de nuevo, esta vez tres. En aquel momento ella trabajaba de interna atendiendo a una pareja de edad avanzada. Tuvo que plantearles su nueva situación familiar y le cambiaron al turno de noche. Alquiló dos habitaciones, una para ella y otra para la niña y el niño, en la vivienda de una pareja de edad avanzada. De ese modo cuando se marchaba a trabajar les dejaba cenando y en compañía, el abuelo incluso la ayudaba, estaba pendiente de que se acostasen. "Trabajaba de noche y cuando terminaba corría a casa para hacer el desayuno y moverles para el colegio".

Al principio les costó integrarse. "Se sentían como raros, les costaba salir, a veces iban a la casa de los abuelos y ya se hicieron amigos, ya vieron que no pasaba nada y ahora cuando vas con ellos por la calle ni tiempo les da de saludar, van: ¡Hola! ¡hola!".

Por ese tiempo le salió también un trabajo de operaria en una fábrica, durante seis meses. Seguía trabajando de noche y después se iba corriendo a la fábrica. "Con la ilusión de llevar y traer a mis hijos a los sitios, antes de ir a por ellos me había

matriculado para sacarme el carné de conducir, pero no estudié. Entonces me di cuenta de que en serio que me hacía falta el carné. Los fines de semana estudiaba a las noches en casa de los abuelos, poco a poco".

También pensó en trabajar una jornada en un solo lugar y poder estar así más con su familia. "Me partía el alma ir a trabajar de noche, dejarles cenando. Entonces vi un anuncio de gruistas y me animé". Primero tuvo que hacer durante tres meses el curso de construcción, donde aprendió a levantar paredes y todo lo relacionado con la albañilería. Después hizo el curso de conductora grúa torre y se sacó el carné. Y empezó a acercarse a las empresas de construcción, pero le pedían el carné de conducir. Fue el empujón definitivo para sacárselo. Con los dos carnés comenzó a trabajar en empresas de construcción de gruista y pudo dejar el servicio doméstico.

Una mujer entre obreros

En todas las obras siempre ha sido la única mujer, pero nunca ha sido un problema, se ha integrado bien. "En las obras yo me lo paso bomba, sé tratar a la gente. Les decía: yo sé adaptarme a la jungla, les tomaba el pelo. Yo soy poderosa, entre siete no pueden y yo sola puedo, con la grúa, claro. Me decían: vales lo que pesas".

Sí recuerda una mala experiencia en los comienzos. Entró a trabajar en una empresa en la que el hombre que hasta entonces ocupaba el puesto fue remplazado por ella, al no poseer el carné de gruista obligatorio en ese momento. Este hombre no se lo puso fácil, se creó mucha tensión que le producía intranquilidad. A pesar de todo siguió trabajando, aunque probó suerte en otra empresa que buscaba gruistas y el mismo día que hizo las pruebas la cogieron. Asi cambió de una a otra. "Cambié a mejor, ahí tenía un compañero gruista que me ayudaba, le podía preguntar, había compañerismo, y de ahí salí con experiencia y dije: a esto me agarro, esto es lo mio", recuerda.

Pensando en el futuro y en que lo de las obras algún día se acabaría, se sacó el carné de camión, estudiando los fines de semana y después el carné de autobús. Lo cuenta, orgullosa: "Aprobé a la primera". "Me decía un compañero muy majo: lo que te falta de altura lo tienes de inteligencia. Y me animó a sacarme el de trailer".

Después de descansar un tiempo, se animó también con el carné de trailer a pesar de que algún profesor le dijo que era muy difícil, que muchos hombres no lo lograban. "Pasó el tiempo e hice el teórico. Luego había que hacer pista abierta y pista cerrada, eran tres exámenes. Fue una satisfacción enorme porque lo aprobé y delante de quien me decía que no lo iba a conseguir".

A pesar de ser un mundo muy "masculinizado", ella estaba encantada. "Trabajaba de ocho a cinco de la tarde por un buen sueldo, ¡qué alegría!". Se siente contenta y orgullosa. "Siempre voy a superarme, siempre voy a seguir adelante", afirma. No es de extrañar que tenga mil y una anécdotas. "Era una sorpresa para los camioneros cuando llegaban con el material, pensaban que era la jefa de obra y me decían, todo majos, llama al gruista, y yo les decía: aquí estoy, ¿cómo quieres que te descargue, con torito o carretilla...?

Como el gruista quiera, decían. Yo empezaba a descargar y decían: Una mujer encima lleva esto y la grúa, serás un peligro. Los compañeros o encargados enseguida les decían: tranquilos, que ésta ya sabe", recuerda, divertida. Incluso le hicieron un reportaje periodístico y su hija, viendo la prensa en la biblioteca, casualmente encontró su foto. Legó a casa contenta y orgullosa de su madre. De hecho guarda el recorte del periódico en un álbum.

Reagrupación con su marido

"Cuando acabé de pagar el préstamo, me animé a coger un piso yo sola, para mi familia", explica. El momento coincidió con la reagrupación familiar. Su marido quería estar con su hija e hijo y a la inversa, con su padre. Durante la ausencia de Carmen en Quito, él había estado presente en sus vidas.

Además, prometía ayudar al bien familiar. Pero no fue así. "Era un tormento, como tener un hijo más. Volvió lo que ya estaba muerto para mí y por lo que yo había huido de Ecuador". Después de un tiempo, en el que se hundía cada vez más, algún compañero de trabajo la animó a salir de esta situación, le hizo ver que podía. "Me armé de valor y lo eché de casa. Estoy contenta conmigo misma. Estaba muriéndome en vida. Lo de atrás, atrás está. Ahora voy para adelante y así no dejo que me coja la tristeza", detalla. Solicitó el divorcio y se sintió liberada, le volvió la alegría... "Yo soy poderosa"

Visita a su madre y desagradable sorpresa al regreso

Cuenta que su madre también se siente muy orgullosa de ella. Su mamá era la única que quedaba en Ecuador. En diciembre de 2008 fue a visitarla. Su madre estaba en silla de ruedas, sin poder caminar, Carmen le puso mucho cariño y empeño y logró que caminara; recuerda emocionada y contenta aquellos días.

Fue además un consuelo en parte a lo que se encontró a la vuelta. Trabajaba en una empresa de construcción. Había apalabrado las vacaciones, le aseguraron que no hacía falta firmarlas. Cuando regresó de Ecuador se encontró con el despido por ausentarse del puesto de trabajo. Recibió el apoyo de sus compañeros, pero no de quienes ocupaban puestos de responsabilidad y se quedó sin empleo. "Siempre voy para adelante, sé con qué objetivo voy y quiero demostrar a mis hijos y al resto que puedo, que soy poderosa. Siempre he caminado sola en la vida, nunca me he encontrado con una mujer con la que echar fuerza, sólo con Eva, compañera en el curso de construcción. Bromeábamos mucho en verano, sudando y levantando paredes", se ríe y gesticula reviviendo aquellos días.

De nuevo estudiando, sigue formándose cada día

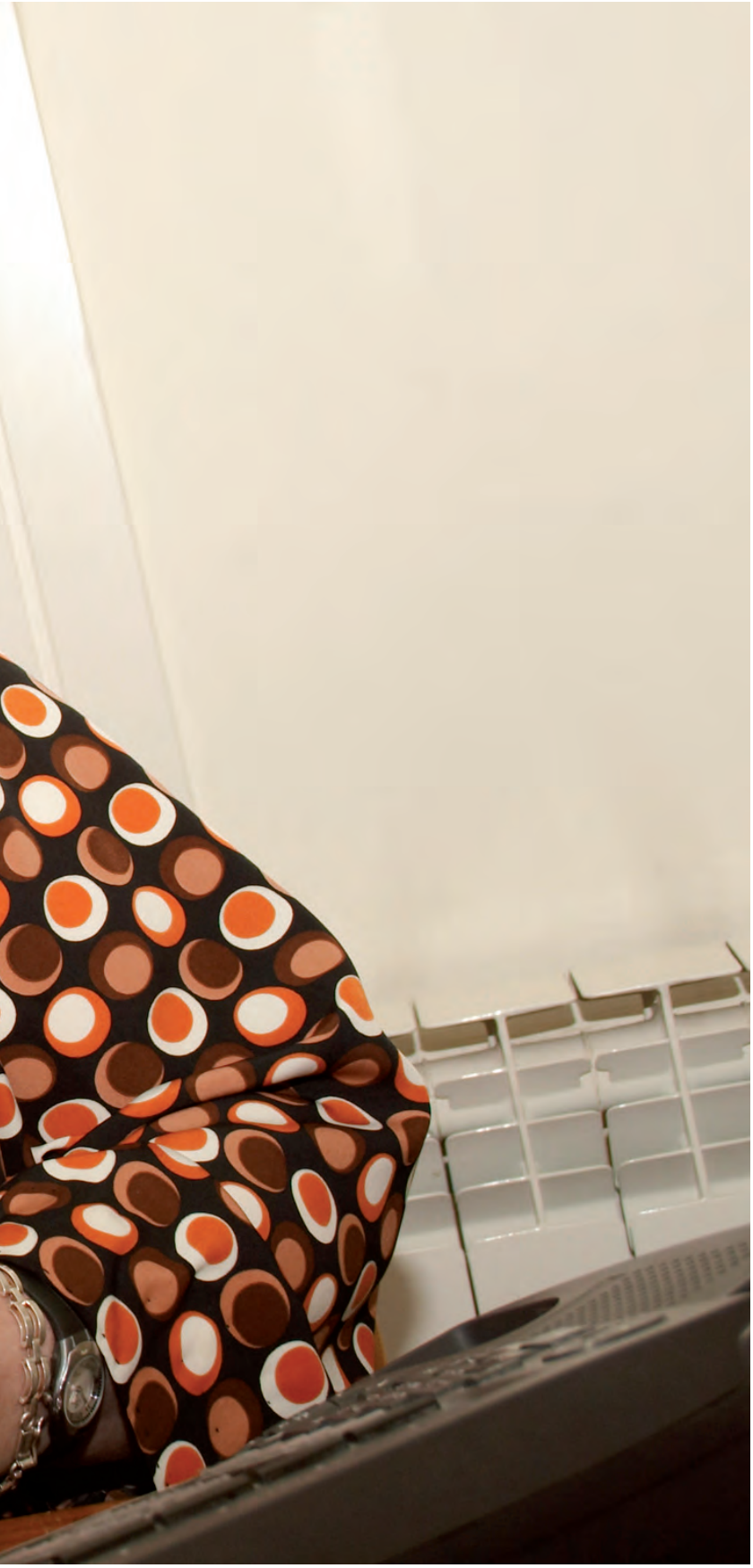
Hablamos de lo joven que es y de la cantidad de experiencias acumuladas. Se ríe y recuerda una canción de su país. "Cuando era joven me bebía un trago y vivía sobre un dedal...". Me explica la historia de la canción; hace referencia a la libertad de cuando se es joven, te bebes un trago y nadie te dice nada y ya de mayor una tiene su hogar, su vida y ya no le da tiempo para nada. Se ríe divertida recordando y tarareando la canción.

Actualmente está estudiando Bachiller. "Me gusta la construcción, los planos, intentaré hacer ingeniería, algo que tenga que ver con las obras". Su hija tiene ya 17 años y el hijo 13, "Ya son mayores". La chica estudia Administración de Empresas, quiere ser empresaria y dar trabajo a la gente, tiene muy presente como ha sido su infancia, cuál es su historia y de dónde viene.

Con su hijo comparte la mesa de estudio y se ayudan en las tareas del Bachiller. "Yo le riño por sucio y él a mí por desordenada", sonríe. "Me ayuda mucho, cuando no entiendo, él me explica y así". Estudiar es algo que comparte toda la familia, algo más que tienen en común. Recuerda que los nervios de

los exámenes de junio afectan a toda la familia, el ambiente del final de curso, la recogida de las notas finales... se palpa en casa. “El curso pasado en junio nos reíamos contentos mirando las calificaciones, aprobamos los tres”.

“He llegado donde he llegado por mi propio esfuerzo, y también gracias a buenas personas que me he encontrado en el camino”, asegura Carmen. Me lo he sabido ganar. Nunca es tarde, si tú quieres”. “Yo soy poderosa”.



Asun...

¡Qué gruesos eran los muros
invisibles!
Tan conocidos
Qué no distinguía dentro y fuera

Me vestí de fiesta y exploré una grieta
Fue tan cálida la luz
Que seguí empujando

En su lugar, construí una puerta
Ahora abro y cierro a mi antojo
Según quiero dentro o fuera

M. Jose Pérez Moracho

ASUN

SI CREES QUE PUEDES LO LOGRARÁS

Acudo a entrevistarla a su lugar de trabajo, desde que concertamos la cita tiene claro que la entrevista ha de ser allí, le hace mucha ilusión que la vea en acción. Asun nació en Pamplona, en el verano de 1964. Es la mayor de siete, tiene tres hermanas y tres hermanos. Recuerda una infancia tranquila, a pesar de haber vivido algunos años fuera de la capital, se siente de Pamplona, a ella le gusta decir que es pamplonica.

No destaca nada especial de su infancia, excepto la tranquilidad. Recuerda que no le gustaba estudiar y que tampoco tenía mucha vida social. Se fue quedando en casa. Sus hermanos y hermanas iban saliendo de la casa y haciendo sus vidas. Pasaba el tiempo y ella fue asumiendo las tareas del hogar familiar: las compras, la limpieza, la plancha, la comida.... "Asumí las tareas de casa porque algo tenía que hacer, no me gustaba estudiar. Mi madre entonces trabajaba fuera de casa y necesitaban apoyo, así que me quedé yo", explica.

Día a día fue creándose su micromundo. Se ocupaba íntegramente de la casa familiar, de su padre y de su madre, sintiendo esa responsabilidad como suya.

Ya en 1999 se acercó a Gaztelan, pero "por cuestiones personales" al tiempo dejó de acudir. "Después esas cosas se fueron arreglando bastante y me dije: ¡Voy a ver si hago alguna cosa! Un día se me encendió la luz: quería saber que había fuera de mi casa".

Salir fuera y descubrir ¡un mundo!

Así que en 2006, con 40 años, se anima, se despoja de sus temores, o decide caminar con ellos, con el único deseo de saber que había fuera de casa, de su micromundo, pero sin tener claro qué hacer, cuáles eran las posibilidades. Inicialmente el empleo remunerado era sólo una opción más, no un deseo en sí mismo "Ganas de trabajar, trabajar sí, pero sobre todo tenía ganas de salir de casa, ver lo que era, cambiar de aires. Me decía: Asunción, si sale algo, bien, y si no, el no ya lo tienes ahora. Conocer otro mundo. Como había vivido tanto tiempo metida en casa pensaba: ¿Qué me deparará la vida?".

"Mi ilusión era ser telefonista, estar con la gente", añade. Le hablaron de algunos cursillos. Cuando Asun estuvo en Gaztelan en el 99 inició un proceso de búsqueda activa de empleo, que culminó con un contrato de un mes como ayudante de cocina. Cuando posteriormente en 2006 Asun vuelve a Gaztelan solo tenía esta experiencia laboral fuera del hogar familiar. Su autoestima era muy baja, tenía una vida social reducida a la familiar y carecía de un objetivo profesional claro y adecuado a las exigencias del mercado laboral.

Sin embargo, rebosaba entusiasmo, tenía ganas de abrirse al mundo, de conocer ese universo que se asomaba ante ella, y estaba dispuesta a todo pese a sus temores, esos que nos asaltan ante el desarraigo de la rutina, ante lo desconocido, ante lo nuevo, ante las relaciones, ante las nuevas opciones. "Lo único que hacía en todo el día era las labores del hogar y me dije: Quiero salir, quiero hacer una vida nueva", relata.

Había un montón de cuestiones que le agobiaban, como la física. Es decir, qué aguantaría su cuerpo, qué limitaciones reales tendría y cómo iban a condicionarle en su vida laboral. Asun recordaba que tenía reconocida una minusvalía, pero no sabía dónde podía estar el papel que la certificaba. Decidieron que, puesto que era una vida nueva, había que reactivar todo ello, conocer sus posibilidades reales en ese momento y que visibilizara sus capacidades, las reconociera como suyas y fuera llenando su maleta de viaje con lo que sí podía hacer, con todo lo que sí era capaz y desconocía todavía.

En primer lugar, debía pasar por el tribunal de nuevo para la certificación de la discapacidad, recopilar informes, etc. del momento presente y comenzaron con las gestiones. Entre tanto, Asun ya se había puesto en marcha, participando en cursos grupales sobre conocimiento del mercado laboral, talleres de entrevistas, que iban proponiéndole desde Gaztelan... con el fin de ir progresivamente ampliando sus conocimientos.

Después llegaría la iniciación informática orientada a la búsqueda de empleo en Red Conecta Rochapea. Además, en los cursos iba conociendo a personas con similares inquietudes, deseos y objetivos. E iba viendo que era capaz, que podía navegar por Internet, ver las ofertas de empleo en portales virtuales, desarrollar habilidades de comunicación para enfrentarse a una entrevista laboral, crear su propio currículo... cogiendo cada vez más autonomía. Asun estaba llena de satisfacción, una satisfacción que conseguía

paliar las dudas que a veces asomaban. "Al principio no sabía qué hacer, no tenía claro en qué quería trabajar." Ahora echa la vista atrás con entusiasmo y asegura "Para mí han sido como unas vacaciones pagadas, como un viaje" Tras unos meses, le llegó el reconocimiento oficial del 33% de minusvalía.

Pasaba el tiempo y Asun no paraba en todo el día. Seguía asumiendo las labores del hogar y al mismo tiempo hacía cursos, las tareas que le recomendaba la orientadora para la búsqueda de empleo, como mirar ofertas de empleo, preparar currículos, llevarlos a las empresas... Además, decidió que quería trabajar en alguna portería, atender y relacionarse con personas. Eso si, sólo durante unas horas, ya que entendía que debía seguir haciéndose cargo del hogar familiar tal y como lo había hecho hasta entonces.

A su vez, en su casa les costaba adaptarse a la nueva situación y además ella no lo concebía de otro modo, a pesar de que su padre y su madre, se encontraban en buenas condiciones para asumir las tareas del hogar.

Sin embargo, no había respuestas a los esfuerzos en la búsqueda de empleo y como Asun no tenía experiencia laboral y desconocía cómo debía desenvolverse en un puesto de trabajo, se le planteó la posibilidad de hacer prácticas becadas con una educadora, en una empresa de limpiezas de 9 a 13 horas, un buen horario que le permitía poder hacerse cargo de todo. Accedió gustosa y con ese entusiasmo tan característico de ella.

Hoy se alegra de aquella decisión. "Doy gracias a Dios por Amaya, me la encontré en el primer trabajo y me abrió un pequeño mundo. Yo decía: ¡ay, ay! El pánico siempre está ahí. Y ella me decía que estaba preparada y yo confiaba. Me enseñó hasta a manejarme con los ascensores de un edificio, que no se me cerraran, todo...". Recalca aquella primera experiencia laboral de la mano de Amaya. "Fue la primera que me cantó las verdades [...]", comenta. "Me ayudó a soltarme, me abrió un mundo muy grande", añade Asun. "Fue como una pieza en el ajedrez de mi vida, una luz, me enseñó un camino por el que tirar. Me ayudó a despertar; quizás estaba todo dentro de mí, pero ella me dio el empujón".

Asun empezó a cambiar y el mundo que había a su alrededor se resistía, en su casa les costaba adaptarse. "Igual mi padre sintió mucho cambio, no sé, pero no era tan mayor, y mi madre ya trabajaba. Yo pensaba: ¿sigo trabajando? ¿Dejo de trabajar? Y mis ilusiones, ¿al garete..?". Y Asun decidió

apostar por sí misma, por sus deseos y por seguir descubriendo ese nuevo mundo que le gustaba.

Nunca lo han hablado abiertamente. "Las mujeres tenemos un sexto sentido, somos más intuitivas. Mi padre lo fue aceptando, creo que mi madre habló con él y luego estando en otro trabajo ya venían algún día a buscarme a la salida...".

Tras esta nueva experiencia laboral siguió la búsqueda de empleo con el apoyo del servicio de intermediación entre empresas y trabajadoras que se hace desde Gaztelan. En aquel verano de 2006 consiguió un contrato de sustitución en limpieza de portales. Recuerda aquella época con cariño, la importancia de conocer otros barrios, a otras personas, ya ella sola sin el apoyo de la educadora, la satisfacción de lograrlo, de ver que podía, la ilusión de conseguirlo... Pero ella quería trabajar en alguna portería y, guiada por los servicios de orientación y prospección de Gaztelan, fue dejando su curriculum en todas las empresas encargadas de administración de fincas. "Tus compañeras me dieron mucha fuerza. Yo me decía: cómo voy a defraudar a esta gente que apuesta tanto por mí". Y pronto empezó a conseguir sus primeros contratos de sustitución en porterías del centro de Pamplona.

Continúa su camino

Siguió con sustituciones, algunas de jornada completa, aunque en su casa seguían sin digerir del todo todos aquellos cambios en la vida de Asun. Pero ella rebosaba alegría, la que le proporcionaba saber que podía salir adelante por sí misma, las ansias por descubrir, el entusiasmo de quien siente que esta más viva cada día, el afán por la búsqueda personal, esa fuerza interior que empuja...

Entre tanto, fue probando en otros empleos, como uno de envasadora de carnes. Tiene buenos recuerdos de los lugares, los puestos que ocupó, la ilusión por aprender, el buen sabor de sí misma desempeñando aquellas funciones, de las personas con las que trabajó. "Todos los compañeros y las compañeras fueron agradables. En algunos empleos me vino bien tener una minusvalía"

Cada vez iba sintiéndose mejor consigo misma, con más poderío. "Conforme voy trabajando me voy sintiendo muy bien, veo y siento que puedo hacer las cosas bien, que no me rechazan, que se van abriendo puertas y más puertas", comenta emocionada.

Y un día, a través de Acodifna, que es una de las entidades con la que Gaztelan colabora; surgió la oportunidad de hacer un curso de telefonista, su ilusión. Pero justo en ese momento le surgió otra posibilidad. "Estando trabajando de portera un señor que vivía allí me propuso para hacerle las cosas de casa y me sentí muy satisfecha, me verían trabajar y les gusté. Yo creo que es por la fuerza y el cariño con el que lo hago", dice. Como el contrato de la portería acababa y aquel trabajo de servicio doméstico lo podía compaginar con el cursillo de telefonista, decidió aceptar a pesar de las dudas que le suscitaba trabajar en algo que había estado haciendo siempre, las tareas del hogar. "Después de 15 días con el cursillo, en el que yo estaba muy a gusto, comía allí y todo para poder compaginar las dos cosas, empecé a pensar que lo del servicio doméstico no era para mí, las personas eran muy majas, pero lo de la casa no era para mi", cuenta.

Y un día llegó la gran noticia. Se le ilumina la cara mientras relata lo que pasó y cómo lo vivió. Sus ojos y sus gestos transmiten la misma ilusión que sintió en aquel momento... Después de asistir al curso por la mañana y de trabajar por la tarde en la casa, regresó a la suya. "Al llegar, me dice mi madre: Has tenido una llamada de un trabajo. Ese mismo día había estado pensando: que me salga algo, por favor. Y al llegar a casa mi madre me lo dice". De esto hace ya casi dos años. Le ofrecieron un trabajo de mañana y tarde en el cual permanece en la actualidad. "Ahora les digo a mis hermanos y hermanas que he encontrado mi trabajo". Lleva la portería y hace de ama de hogar de una congregación de padres religiosos. "Por las mañanas hago la limpieza, las coladas, las albas, la plancha...", explica. "Por las tardes sobre todo atender la portería, la gente viene a solicitar las misas, las visitas, el teléfono... Aquí no te aburres nunca, se me pasan las horas sin sentir. Estoy muy contenta, muy contenta, la verdad".

Contenta con su camino

Asun tiene claro que mereció la pena tomar la decisión de salir para ver que había fuera. Porque se ha encontrado con "gente maravillosa" y con trabajos que le han llenado. "Me he sentido muy bien conmigo misma, útil", asegura. "Ahora más que nunca, lo que más me gusta es atender el teléfono, al público, coger los encargos de misas. Me empiezo a relacionar con más gente... Si no, seguramente mi vida hubiera estado en soledad. Además, mis padres están más contentos y se han hecho cargo de las labores del hogar",

explica, liberándole así a ella de la responsabilidad. “Ahora mi padre cocina, hace la comida, mi madre la casa y yo le ayudo. Mi madre hace también la compra y así además sale, que antes no salía porque la hacía yo. Están contentos, incluso se van de viaje y me dejan tranquilos.”

En cuanto a la vida social, el mundo poco a poco se ha ido abriendo ante Asun y ella se va abriendo también. “Soy casera, a las reuniones familiares sí que voy al pueblo, donde nos juntamos. Salgo con una amiga, de vez en cuando, poco porque estoy a gusto en casa. Pero sí que ahora soy mucho más abierta, hablo con mucha más gente, me relaciono más. Tengo más facilidad”, reconoce.

Se ve distinta, todo este proceso la ha cambiado y para mejor. “Veo bastante cambio en mí misma, soy eficaz en el trabajo, no me da pereza, estoy contenta y más a gusto conmigo misma” “Me alegro mucho de haber salido de casa, me siento realizada, me llena. Te levantas por la mañana con un aliciente. Para mi ha sido un reto salir de casa, el trabajo ha sido lo mejor, te liberas de muchas tensiones que tienes en casa, que luego siguen ahí pero ya es distinto.”

Habla además de la libertad que supone tener una independencia económica. “Ahora tengo mi propio dinero, me compro lo que necesito, lo que quiero. Hace poco me compré unas cuantas blusas y me dije: Asunción, por ahora ya vale”, y sonríe con complicidad y alegría. “Pero para mi lo más importante está en lo personal, puedo realizar trabajos. Ya no me enfado tanto con mi madre, ella está más tranquila porque ve que puedo trabajar, antes pensaban que por la obesidad me podían rechazar”.

“Aquí, en el trabajo, los padres se quedan extrañados por mi agilidad, por la vitalidad que tengo a pesar de mi gordura, sobre todo las ganas. Así que ellos están contentos y yo también”.

Y así es. Porque Asun rebosa energía y entusiasmo por cada uno de sus poros, se mueve con agilidad y rapidez. Me recibe con alegría, entusiasmada, contenta de la visita, dispuesta a colaborar y agradecida con quienes creyeron en ella, como en Gaztelan.

Ahora espera ilusionada que abran unas piscinas entre su casa y el trabajo. “Miraré cuanto cuesta y me apuntaré, para ir a nadar un poco, me pirrían los chorros de agua y necesito unos masajes como agua de mayo”,

cuenta entre risas. Luego dice, un poco más seria: “No le pido mucho más a la vida, estoy bien”. Aunque sí espera, como cualquier persona trabajadora, ir mejorando su contrato.

Su mensaje para otras mujeres: No rendirse jamás

Volvemos a encontrarnos para mostrarle cómo ha quedado el relato de su historia, esta historia, la suya. Al leerla juntas se emociona y se sorprende, en cierto modo, de si misma y del camino recorrido: “Ahora estoy más arriba, me ha dado un vuelco grande, saber salir de casa, ¡qué gozada!”. Me pide que recalque algunas cosas, la importancia de las prácticas y el trabajo con apoyo. Sobre todo quiere transmitir un mensaje a otras mujeres obesas o con otras características que les hagan sentir temor a abrirse camino en el mercado laboral. “Yo les diría que no se sientan mal, que luchen, porque pueden conseguir las cosas. Que no se rindan, que encontrarán un trabajo digno e ideal”, asegura. “Yo pensaba que iba a sufrir rechazo por mi gordura, pero en todos los trabajos me han acogido bien y mi trabajo ideal se ha hecho realidad”.

A un amigo que me ha pedido que le dedique el poema V

No he plantado en mí la semilla de
la victoria.
Hay plantas que echan raíces
en un vaso de agua
vigorosas como jesuitas
horadan rocas
decapitan ciudades
llegan al cielo y no a la tierra.
¡Oh, temperamentos volcánicos!
He lamido tanta ceniza
que hasta el sol ha salido en mi
vientre
y desde entonces brillo
brillo.

Denisa Comanescu

[De Antología de Poesía Rumana
Coordinado y traducido al castellano
por Joaquín Garrigós*]*

MARICICA

INVOLUCRARTE EN EL PAÍS DE ACOGIDA PARA FORMAR PARTE DE ÉL... Y RETORNAR A MIS RAÍCES

Maricica es una mujer rumana de 44 años, enérgica y decidida, muy aficionada a la lectura. "Leo uno, dos y hasta tres libros a la semana, si tengo tiempo". Y más aun la poesía de su país, que le sigue vinculando a sus raíces. Realizó estudios de economía en Rumanía, donde trabajó de dependienta hasta que dirigió su propio negocio.

"Teníamos un negocio pequeño, pero empezamos con problemas económicos que cada vez iban a más, el Estado no te ayuda [...]. En mi país no se vivía mal, pero los cambios fueron mal entendidos por los gobernantes, mal entendida la libertad y la democracia y empezó a pasarse mal", comenta. Recopila pinceladas de aquella época. "El simple hecho de salir de vacaciones de Rumania era muy complicado, se requería de un montón de papeles", recuerda.

Su hermana había llegado a España con anterioridad. "Primero vino mi hermana y me dijo: No se gana mucho pero puedes hacer una vida tranquila, y en unos meses traes a las hijas". No lo pensó dos veces. Decidió venir y dejar allí a sus hijas al cuidado del padre. Preparar el viaje fue bastante rápido. "Mi marido había trabajado en Israel y tenía algo de dinero y mi hermana también, la idea era venir, conseguir dinero y marchar de vuelta, pero no fue así. Cuando encuentras un lugar donde la gente te valora decides quedarte".

"Dejé todo y me vine, con mucha ayuda de mi hermana y muy animada". Llegó a España el 3 de abril de 2003. Entró en autobús por Gerona, recuerda que con miedo, mucho miedo. "Vine yo porque las mujeres tenemos mejor salida laboral", añade.

"¿Lo que te encontraste era como te lo imaginabas?". Sonríe orgullosa y se le ilumina la cara. "¡Y mucho más!". Hace una pausa para coger aire. "Desde el principio la gente española fue muy acogedora. Para mí España es el mejor país del mundo por lo bien que me han tratado. Si decía, no entiendo, siempre me explicaban, nunca nadie no quiso repetir lo que me había dicho, ese trato te da la seguridad de que no te quieren hacer daño", afirma.

Pero no todo fue maravilloso. Se resiste a revivir los momentos duros de aquella primera etapa. “Me conozco todos los bancos de la Taconera. Me recuerdan el sentimiento de impotencia, no tienes papeles, no tienes dinero” -suspira- “y sólo piensas en superarlo. Me conozco Pamplona mejor que una persona de aquí, de todo lo que anduve buscando trabajo”. Sus esfuerzos comenzaron a dar frutos muy poco a poco. “De octubre a marzo tuve el primer trabajo, en el servicio doméstico, desde las 8 de la mañana hasta la una y desde las cuatro de la tarde hasta las ocho y media, haciendo la casa y cuidando a los niños. No me aclaraba bien con el idioma y no acababa de entender lo que iban a pagarme, ella me decía, tranquila, que te voy a pagar muy bien. El día que me pagó, fui llorando desde Mutilva hasta San Jorge. ¡Qué decepción, madre mía!”.

Con las tareas y el trabajo estaba contenta, especialmente con los niños, cuatro chicos. “Tienes que pensar que son tuyos, como dejas las tuyas allá... te agarras a la de aquí como si fuera tu familia”, afirma. “Además, si no, no puedes hacer tu trabajo y creo que todo el mundo hace igual. Era mi familia, el punto de unión con este país”.

Sin embargo, para salir adelante necesita completar ingresos, por lo que trabaja también los fines de semana.

Comienza a llegar la familia

Después de ocho meses, llega su marido el 15 de diciembre de 2004. Las niñas, de 6 y 12 años, tuvieron que quedarse solas en Rumanía. Una hermana de Maricica que vivía al lado estaba pendiente de ellas- Al recordarlo, salen a la luz los dos años y medio que estuvo sin verlas. Se emociona. “No hay palabras. Es el sentimiento más duro. No hay palabras para describir ese sentimiento. Muchísimas cosas y detalles que te pierdes, el dolor de muelas, el primer chico...”.

La casa donde trabajaba era de un empresario de la construcción. “Me ofrecieron traer a mi marido con la promesa de hacerle papeles, darle trabajo y todo, pero al llegar esa persona me pregunta: ¿Tiene papeles? Y ya sabía que no”. A pesar de todo Maricica no se desanima y sigue adelante apoyando también a su recién llegado compañero, a pesar de las dificultades y la rabia por algunas experiencias. “Mi marido trabajaba desde las 7 de la mañana hasta las 10 de la noche por 500 € al mes, era una forma de esclavitud, más que yo”, explica.

Era el año 2005. “Él no podía seguir así, coincidió que la Guardia Civil detuvo a sus jefes y él decidió denunciar”. La cara parece pesarle a Maricica al hablar de ello. “Otra vez tuvimos que empezar de cero”. Ella dejó también el trabajo de la casa, recuerda emocionada que los niños se agarraron a su pierna, cómo hubiera querido quedarse por ellos y las circunstancias que marcaban un nuevo cambio en su vida. “Me dijeron que en la parroquia San Miguel me podían ayudar y en una semana encontré otro trabajo”.

Así empezó otra etapa, entre 2005 y 2007, cuidando a una viuda. “Bueno, se cuidaba sola, pero toda la vida había tenido una persona en casa. Era muy inteligente, no podía hacer compra, ni comida. Muy buena toda la familia”. Recuerda con cariño a esta familia, los hijos y la hija de la señora, siempre con disposición a ayudarla, fue una época agradable, incluso compartía su gusto por la literatura con la mujer y su familia, algo que para Maricica es muy importante.

Va pasando el tiempo. Su hermana había traído a sus hijas y estaba entusiasmada con el profesorado del colegio al que las lleva. “Me contagió el entusiasmo”. Así que se anima a convencer a sus hijas y por fin llegan a Pamplona el 5 de julio de 2005, víspera de San Fermín, con la idea de pasar unas vacaciones. La idea era que si les gustaba Pamplona, se quedaban y si no, regresaba la familia entera a Rumanía. “Uf, yo no quería pensar en volver. Después de dos años y medio aquí, otra vez empezar de cero en Rumania...”, reconoce.

Después ríe divertida mientras describe el desconcierto que supuso para sus hijas una Pamplona repleta de gente en plenos Sanfermines. No entendían que su madre viviera a gusto con tanta gente y tanto jaleo y luego el contraste de la Pamplona desierta con la resaca de las fiestas. Esos meses compartían vivienda.

“Entonces vivíamos sólo con lo mío, había que pagar la casa y vivíamos cuatro personas con 350 € al mes, la parroquia me ayudaba con comida, la familia de la viuda, con libros para mis hijas... ¡Madre mía, que mal lo pasé!, pero ya pasó, ya pasó”, recuerda.

Unos momentos difíciles que contrastan con otros más agradables. Recuerda divertida como sus hijas no entendían el idioma, se defendían en inglés y la mayor también en alemán, y no podían hablar con nadie. “Cuando llegaron, yo me iba a trabajar y ellas con mochila y mapa de Pamplona se

iban a la calle. Uno de esos días volvieron a casa corriendo, encontraron en la calle Olite un chico de Moldavia hablando en rumano y llegaron a casa encantadas".

Poco a poco Pamplona les fue convenciendo y ellas mismas vieron la necesidad de aprender el castellano e hicieron un curso intensivo. En dos meses aprendieron el idioma y ya pensaron en quedarse un tiempo. "Ahora no quieren volver ni de vacaciones", sonríe su madre. "Han roto con Rumanía por elección propia [...]. Ahora ellas tienen su vida, no puedo cambiar su futuro a cada rato". De hecho Maricica volvió de vacaciones unos días a Rumanía pero ellas no quisieron ir. "Yo ya no tengo derecho a obligarles a que me acompañen".

En 2006 piensa en dejar de trabajar en casas. "Quería hacer algo más, no se puede hablar todos los días con la misma persona, hay que cambiar un poco". Pero siempre se encontraba con la barrera de los papeles para conseguir un contrato. "Madre mía, qué mal lo pasé, cuando sabes que puedes y que no tienes oportunidad de demostrarlo es muy difícil", cuenta.

La oportunidad más inesperada de conseguir los papeles

Tenía el empadronamiento desde el mes de octubre y en aquel entonces lo pedían desde agosto para la regularización. Aun así, lo intentó y se los denegaron. Volvió a intentarlo, asesorada por una abogada; recurrió presentando los papeles de entrada en España que demostraban su estancia desde antes de agosto y nuevamente se los denegaron en 2006 después de casi un año de proceso.

Entre tanto la hija pequeña se organiza para empezar el curso escolar y la mayor decide inicialmente trabajar. El 13 de agosto de 2005 empiezan madre e hija a trabajar en el bar de las piscinas de Berriozar, como ayudante de cocina y para limpiezas. Maricica lo compagina con el cuidado de "la abuela", como cariñosamente llama a la viuda. Su hija mayor se enamora del encargado del bar de la piscina y en diciembre anuncian que quieren casarse.

"Al casarse mi hija podía pedir los papeles por arraigo social, por llevar más de dos años y medio en España y por vínculo familiar por la boda de mi hija. Es irónico, conseguirlos por la boda de mi hija yo que llevaba aquí tanto

tiempo...". En abril de 2006 la pareja se casa y Maricica vuelve a intentarlo y en 2007 llegan por fin los papeles, el 12 de febrero, cuando Rumanía entra en la comunidad europea. "Recuerdo los sentimientos contradictorios, la rabia de ese momento, tanta lucha por los papeles, el esfuerzo, el desgaste, el coste de las tasas...". Pero ya estaba arreglado y eso era lo imporante.

"Entonces decido que quiero hacer otras cosas, como en mi país. Que el trabajo en las casas fue una etapa para aprender las costumbres y respetarlas. Es una fórmula muy buena que le recomendé a mi sobrina. Conoces las costumbres, la comida, todo, de cerca, porque lo vives y te lo cuentan. Yo sé toda la historia de Pamplona porque me la contó la abuela", resalta.

En febrero de 2007 acude al sindicato UGT a pedir ayuda para hacer el currículum. "Personas muy majas te ayudan y te dicen como hacer las cosas. Recuerdo a Miriam y sus consejos, haz esto, haz lo otro". Maricica recuerda cada detalle y cada fecha. "En Baluarte, en unas jornadas, los días 2, 3 y 5 de marzo de 2007 conozco la existencia de Gaztelan". Y acude a esta organización, con las ideas muy claras y el objetivo de trabajar en alguna empresa de catering.

Todo fue muy rápido. Desde el servicio de orientación y el de intermediación con las empresas de Gaztelan, se valora que haga prácticas en una empresa de catering para ir adquiriendo experiencia de apoyo en la cocina. Al acabar las prácticas, ambas partes están contentas pero en ese momento la empresa no tenía puestos libres. Maricica consigue trabajar, a través del servicio de intermediación de Gaztelan, los fines de semana de camarera de pisos, más tarde le llaman de la empresa de catering para cubrir algunas horas y tiene que hacer malabarismos para compaginar los dos trabajos durante un tiempo. Pero en la empresa de catering deseaban contar con ella. "Carolina, la jefa, me dijo, te quedas, quería que ya no me marchara". Tras trabajar durante el mes de agosto de manera estable, le hicieron un contrato de seis meses. "Y el 14 de enero de 2008 me hicieron indefinida, es importante trabajar en una empresa fuerte, grande", dice, satisfecha.

Ahora su hija pequeña trabaja en verano en la misma empresa, aprovechando el periodo vacacional en la universidad, donde estudia Económicas. "Su deseo es trabajar en la banca y lo conseguirá, ella es muy responsable y saca muy buenas notas".

Retornar a las raíces a través de la literatura

Maricica dice que sabe tres idiomas, español, inglés e italiano, el rumano no lo cuenta por ser su lengua materna. Cuando quiere acercarse a su país recurre a los libros, tiene gran cantidad de libros en rumano, muchos de poesía. "Mis hijas no tienen que perderse leer las poesías rumanas. Cuando me siento sola, cojo un libro de poesías rumanas y me acuerdo de mi infancia. La poesía rumana es muy dulce y más aun la infantil", explica. A veces siente nostalgia de aquellos tiempos. Comparte conmigo sus autores preferidos: Mihai Eminescu, el 'Shakespeare' rumano lo llama, y su poesía 'Luceaforu' que, según dice, todas las personas deberíamos leer; habla de Gerge Cosbuc... Y mientras escribe sus nombres en el cuaderno, aprovecha para enseñarme la riqueza del alfabeto rumano y se emociona, recuerda su tierra, su infancia, la de sus hijas... "En el colegio se hacían muchas composiciones propias, obras literarias, teatro..., eso te servía para acercarte al pensamiento de tus hijas, ya que lo que ellas estaban viviendo o pensando lo volcaban en esas obras".

Y quien anhela su tierra ha de volver al menos una vez. En abril de 2009, después de seis años, regresa a su país. Llega primero a Bucarest. "¡Buf! Tuve sentimientos muy contradictorios. Allí mismo le dije a mi marido, quiero volver a España ahora mismo, el impacto fue muy grande. Pero me quedé los diez días de vacaciones, para ir al encuentro de mis raíces". Cogieron el tren hasta Iasi, su ciudad, vecina de Moldavia. Encuentran un país distinto, más gris, más pobre. El reencuentro con los familiares fue duro. "Les encuentras llorando y les dejas llorando. Mayores, están muy mayores, mi madre, el padre y la madre de mi marido también. Viven esos días de vacaciones con miedo porque te vas a ir y no van a volver a verte, no lo dicen pero no hace falta, lo transmiten y te quedas tu también con ese sentimiento de no saber si volverás a verles. Y lo único que queda es el teléfono porque en algunas zonas aun no hay Internet".

"Al principio lo pasamos mal y luego al trabajar los dos, como estamos bien económicamente mandamos dinero a familiares, a amistades... Todavía no hay euros en Rumanía y al cambio sale muy bien mandar dinero".

Sus preocupaciones

A Maricica le preocupa la mala fama que se le ha ido dando a la comunidad rumana. Cada vez que escucha una noticia de algo desagradable, pide por favor que la persona no sea rumana... "No queremos que en la prensa salga

mala imagen de Rumanía, mala fama. No solo Rumanía, todos los grupos de colectivos inmigrantes. Ahora con la crisis se acentúa porque no hay trabajo para nadie. Cuando conseguí por fin los papeles me llegaban 3 o 4 ofertas de empleo cada semana. Hoy no hay nada, es difícil"

"Me gusta el trabajo en superficies grandes, en Rumania estuve 20 años en los mercados, me gusta porque acude mucha gente y hablas y conoces mucha gente distinta y la gente te cuenta un poquito de su vida y eso te enriquece muchísimo. Al caminar por la calle me gusta mirar a la gente y ver si está triste o alegre. Yo voy a una tienda por cómo me tratan, me gusta que me pregunten qué tal".

Ahora se está sacando el carné de conducir, a pesar de que el gasto le cuesta un esfuerzo. Su marido está desempleado tras años trabajando en una constructora que ha quebrado y que les ha dejado sin pagar varios meses de sueldo.

Dos generaciones de mujeres

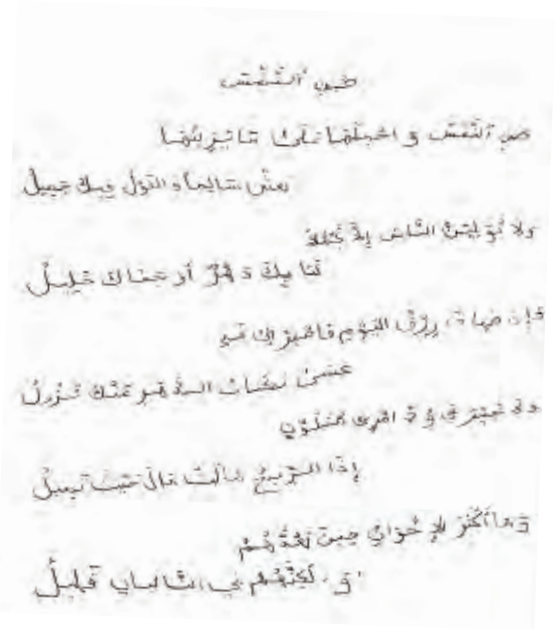
Maricica solo quiere mantener los buenos recuerdos de estos años, lo aprendido, lo que han conseguido sus hijas, el poder tenerlas cerca, lo bien que las ve, la alegría que le produce su pequeño nieto. La pequeña, una chica responsable, lectora como su madre, amplió su vocabulario español a través de la lectura. Se prepara para trabajar un día en la banca. Mientras estudia para conseguirlo, en sus horas libres aprovecha para adquirir experiencia laboral y sus propios ingresos. La mayor es una mujer comprometida, emprendedora en su trabajo, interesada en seguir su formación y compaginarlo con la maternidad.

Y su nieto, esa nueva generación que ha llegado a la vida aquí, en España, de madre rumana y padre navarro y al que sin duda la abuela dormirá leyendo poesía rumana. "¡Ahí!", se ríe Maricica. "Al parque de la Taconera no me gusta llevarle. Les digo: a la Media Luna, que también es muy bonita".

Protege el alma

Al alma protege y a lo que la
hermosura obliga
Sano, vivirás alabado
A la gente no hagas sino bueno
Te trate bien la vida o deje el amigo
Si la mano es corta hoy, espera
mañana
Quizá desaparezcan los golpes que
te da la vida
Bueno no será la amistad de un
hombre reversible de chaqueta.
En dirección del viento siempre se
inclina
Numerosos los amigos cuando los
cuentas
Escasos en tiempos contrarios, no
los encuentras

Traducción: El Hassan Chaouki Ordia



FÁTIMA

LA VIDA SIEMPRE SIGUE ADELANTE

Fátima es de la zona de Berkan, Marruecos. Nació allí hace 36 años, un país que recuerda lleno de luz. Tiene ocho hermanas y tres hermanos. Sólo dos hermanas siguen en Marruecos, el resto, como ella, vive en Europa, entre Holanda y España. Su padre y su madre viven del campo, él es agricultor. Me recibe en el domicilio de su hermana, una casa con aire marroquí, muy cuidada, con mucha luz, en la que se respira el cariño y el mimo de sus habitantes. Lleva una camiseta blanca, una falda vaquera, y el pelo suelto, con una melena oscura y larga. Están de Ramadán; me explica la importancia de la fiesta y que ha preparado junto a su familia unos dulces para compartir conmigo esta celebración y el amor por su país.

En Marruecos Fátima era una estudiante feliz y llevaba una vida tranquila. Se diplomó en Derecho. Consciente de lo complicado que era ejercer esta profesión en su país, decidió probar suerte e intentar acabar la licenciatura en Holanda, ya que tiene un buen nivel de inglés. Además, contaba con apoyo en Europa, ya que dos hermanos y dos hermanas, con sus respectivas familias estaban asentados en Holanda. Es uno de sus hermanos quien le consigue el visado de estudiante para un mes de vacaciones en Holanda.

Así, Fátima realiza su primer viaje en avión el 15 de diciembre de 1999. “Noté mucho el cambio de clima”, recuerda. “Y el paisaje, pasar de un país de luz, de montañas, a un país de niebla, sin montañas, ¡una pasada! Mucha diferencia”. Tras cumplir el mes de vacaciones, decide quedarse en Holanda, aunque le era imposible pagar los costes de la universidad allí. Sus hermanos y hermanas deseaban ayudarla, pero también tenían sus propias familias. Al final se quedó, en situación ilegal. A pesar de vivir sin papeles, no se arredró. “No notaba soledad, estaba rodeada de mi familia”, explica.

Después de algunos meses, comienza a trabajar con su sobrina, en una panadería-restaurante especializada en producto marroquí que pertenecía a su cuñado. Acabó pasando tres años en Holanda, ilegal, trabajando de 7 de la mañana a 6 de la tarde, parando para comer y descansar un poco. Después aún

trabajaba un par de horas limpiando una oficina en compañía de su hermana. “Allí estaba muy bien con mis hermanos y hermanas, el fin de semana siempre nos juntábamos, tenía mucha familia, amistades y demás”, cuenta.

En 2004 decide acudir a Pamplona para ver a una hermana que vivía en la capital navarra. “Vinimos en dos coches, para una semana. Pero a la hora de volver, mi cuñado me propuso quedarme aquí, me dijo que iban a hacer en 2005 los papeles a muchas personas inmigrantes y que mi hermana estaba aquí sola...”. Era el mes de julio, recuerda que todo estaba de vacaciones y que ella se sentía muy preocupada por aprender el idioma, pensaba que no podría. “Mi hermana tenía unos libros con la traducción al castellano en la misma hoja y yo leía algo. Al principio me costaba mucho acostumbrarme a otra vida, otro país, otro clima. Aunque España, por el paisaje y el clima, en realidad me recordaba más a Marruecos”.

En septiembre comenzó las clases de castellano en el centro Jose M Iribarren y en tres meses entendía y hablaba un poco. “Cuando fui a clase por primera vez, yo sólo sabía la palabra ‘gracias’”. Al mismo tiempo, Fátima empezó a buscar empleo. “Me apunté en las monjas de M Inmaculada e iba cada semana. Había filas y filas de gente, ibas a las 6, las 7 de la mañana y el turno te llegaba a las 12.30 o las dos de la tarde. Allí mismo daban un curso de limpieza, plancha y cocina. A mi me pasó que justo la chica que tenía que dar el de cocina no pudo venir ese día”, explica.

Un mes después consigue un trabajo de limpieza en casa de una mujer en el barrio pamplonés de San Juan. Dejó el curso de castellano porque no sabía que podía cambiar el turno por las tardes. Pero, tras dos meses, una sobrina fue a vivir con la señora a la que ayudaba y se le terminó el empleo. Tuve que volver de nuevo a las colas en las monja. “Y otra vez me consiguieron una limpieza general de un piso”. Retomó también el curso de castellano.“También estuve en Anafe, pero en temas de empleo no podían hacer nada sin papeles, aunque me informaron de temas legales, de papeles” También probó suerte en Caritas y en Cruz Roja para buscar trabajo.

Un día, una chica le dio la dirección de Gaztelan. Acudió y realizó en primer lugar un curso de habilidades domésticas, que es el que realizan las personas sin papeles para tenerlas en cuenta posteriormente en las posibles ofertas de la agencia. “Después de un tiempo me llamaron para un trabajo

de niñera, a jornada completa, una semana de mañanas y otra de tardes. La señora me explicó todo lo que tenía que hacer, me dijo que le gustaba t que lo comentaba con su marido y me llamaba. Pero no me llamó; hablé con Kristina de Gaztelan e intentamos varias veces localizarla y nada, no cogía el teléfono. YO estuve casi un mes probando y nada", se lamenta.

Mientras tanto, Fátima se apuntaba a todos los cursos que le proponían para aprender cosas nuevas. Hizo un curso de iniciación informática orientada a la búsqueda de empleo en Red Conecta Rochapea. Después haría otro más avanzado en FOREM, ya que para entonces ya había conseguido los papeles.

Los papeles y el permiso de trabajo

En abril de 2005 Fátima presenta los papeles. El 30 de julio le toman las huellas y en octubre le llegan los papeles de residencia junto con el permiso de trabajo. Primero para un año en servicio doméstico y más adelante, la renovación para cualquier actividad. "Entonces, si tenías tres horas en una casa y tres en otra te pagabas tú la seguridad social y era como una oferta de empleo, ahora es distinto"

Decidida a conseguir la residencia y el permiso de trabajo, utiliza todos sus recursos. Habla con una señora marroquí que regenta una tienda y con otra que tiene una fábrica de calzado y para la que su hermana trabaja cosiendo zapatos en casa. "Les pedí trabajo o que me firmaran, fui a la Seguridad Social y después de un mes me dijeron que una firma más y ya estaba. Pagué la Seguridad Social durante 9 meses sin trabajar, con los ahorros que me había traído de Holanda y así me dieron el permiso", explica.

Creando redes.....Seguir adelante juntas

Durante todo este tiempo, Fátima convive con su hermana, el marido y el hijo de ésta. En octubre, una vez obtenida la residencia, quiere viajar a visitar a su padre y a su madre, ya que lleva cinco años fuera de Marruecos. Está contenta con los papeles, pero su alegría se ve empañada por la enfermedad de su cuñado. Le detectan un cáncer de pulmón; además, su hermana está embarazada y el hijo que ya tiene aún no ha cumplido dos años.

Recuerda aquella época como durísima. Mientras su hermana daba a luz a otro niño en la maternidad, el padre de las criaturas estaba ingresado en el hospital, con un mal pronóstico. Una hermana de Holanda vino también a Navarra para apoyarlas.

Pasado un tiempo su cuñado sale del hospital, vuelve a casa y parece que está mejor. Fátima decide hacer entonces un viaje rápido a Marruecos. Cuando llama desde allí para preguntar cómo va todo, su hermana la tranquiliza diciéndole que todo está bien y la anima a disfrutar de su estancia en Marruecos con la familia. Sin embargo, no era cierto. Su marido había sido hospitalizado nuevamente y con muy mal pronóstico. Una prima que vivía en Pamplona se instaló en su casa para ayudarla con los pequeños y que ella pudiera acompañar a su marido enfermo en el hospital.

Sorprende la naturalidad con la que Fátima describe el apoyo que se produce entre las mujeres marroquíes, dando por sentado que ha de ser así. Lo que a nosotros nos parece solidaridad, creación de redes entre mujeres, para ellas es algo natural que surge de manera espontánea y que no entienden de otro modo.

Entre tanto, Fátima, ajena a lo que sucede, disfruta de su primera visita a Marruecos después de tanto tiempo. “Tras cinco años noté que los olivos que hay en el transcurso del puerto a mi casa habían crecido muchísimo y todos los árboles de mi padre también. Estaba contenta, aunque también preocupada por mi hermana”, cuenta.

Estando allí, un hermano de su cuñado le cuenta la verdad: al marido de su hermana le han dado unos días de vida. Rápidamente, renueva el pasaporte que le vencía, compra el billete y regresa a Pamplona. Tras una semana, su cuñado fallece. Fueron momentos muy duros; su hermana se queda viuda y con un hijo de dos años y otro de tres meses. Hay que hacer muchos papeles y confirmar si hay seguro, ya que quieren enterrarlo en Marruecos. Finalmente el entierro pudo celebrarse en Marruecos, a donde Fátima se trasladó con su hermana y sus sobrinos en autobús.

Retoma la vida laboral....la vida sigue

Al día siguiente de su llegada, llevan el cadáver a la mezquita para el entierro. "Allí hubo que atender a mucha gente, cuando alguien se muere la gente visita a la familia", explica. Después de tres semanas, regresan a España."Había que seguir adelante".

Quedaba pendiente mucho papeleo, ya que todo estaba a nombre de él y había que solucionar el alquiler, ya que la propietaria del piso les ponía pegas. Además, su hermana y su cuñado habían iniciado la compra de una vivienda de protección oficial (VPO) que habían ido pagando y no sabían si podría seguir adelante con ello su hermana sola. Finalmente todo se va resolviendo de manera favorable y Fátima no duda ni un momento de que su lugar es estar al lado de su hermana en estos difíciles momentos.

A la vez, consigue a través de Anafe un trabajo de una hora semanal para limpieza, dos horas el fin de semana, más otra media hora para acostar a una señora y otra hora al día para llevar a un niño marroquí al colegio... Técnicos de Gaztelan le proponen hacer un PIL (Programa de Incorporación Laboral) de Auxiliar de Geriatría, con tres meses de clases teóricas más dos semanas de prácticas en residencia. A Fátima le gusta trabajar con personas de edad avanzada y decide apostar por ello, hacer el esfuerzo y encajarlo con sus horas de trabajo. "Llevaba al niño desde la Rochapea a Mendebaldea a la guardería en autobús, después volvía a casa y llevaba en bici a mi sobrino al colegio de Orvina -lo habíamos matriculado ya allí puesto que íbamos a cambiar de vivienda en enero-, lo dejaba y con la bici iba a Burlada al curso", relata. "Cuando acababa el curso", añade, "seguido a trabajar, ya que hablé con la señora para ir a esa hora en vez de por la mañana, que me coincidía con el curso".

Tras el último día de prácticas en una residencia de atención a la tercera edad, le hacen un contrato para cubrir una baja de ocho meses. Después, vuelve un mes a Marruecos y aprovecha para sacarse el carné de conducir. Regresa a Pamplona y la contratan de nuevo otros seis meses y así hasta hoy. Lleva desde noviembre de 2006 trabajando en la misma residencia.

Entre tanto entregan a su hermana la vivienda en la fecha prevista, a principios del 2006 y se trasladan allí las dos mujeres y los dos niños. Por otra parte, la señora con la que trabajaba quería que hiciera más horas, para atender a la anciana y a las labores del hogar. Como ella está satisfecha con su profesión actual, la releva su hermana en dicho trabajo e incluso le hicieron contrato. Al tiempo murió la señora que cuidaba y su hija le propuso trabajar en su propia casa y la de sus hijas. Como todas las casas están en la misma zona, su hermana puede compaginarlo bien con los horarios escolares y entre su trabajo y las pensiones de orfandad y viudedad que recibe puede pagar su vivienda y vivir bien, está contenta.

Fátima se casa

Su hermana va estando mejor, ambas han conseguido asentarse. Y la vida sigue para Fátima. Conocía a un chico de su pueblo, vecino de una hermana, con el que mantenía una estrecha amistad desde hacía muchos años. En las visitas que Fátima realizaba a Marruecos se veían y en la distancia mantenían relación telefónica, por Internet... Hasta que piensan en casarse y se lo proponen a sus familias.

En febrero de 2008 Fátima comenta en la empresa que quiere casarse en Marruecos. Le conceden el permiso por matrimonio de quince días. Así, viaja a Marruecos y celebran 'la fiesta pequeña'. Ella cuenta que en su país se pueden hacer dos fiestas, una pequeña, con las dos familias, una corta ceremonia en la que se colocan los anillos y se casan. Después se realiza otra celebración con familia extensa y amistades, que dura tres días. La fiesta de tres días se pospuso para el mes de agosto, coincidiendo con las vacaciones de Fátima.

El 3 de septiembre vuelve sola a Navarra. Tiene que buscar un piso pequeño para vivir en pareja cuando su marido llegue, una vez que ella solicite la reagrupación familiar. Encuentra uno que se adapta a sus necesidades, donde le gusta vivir. Mientras tanto, su marido lleva los papeles al consulado de Marruecos y a los tres meses le contestan. Llega a Pamplona el 5 de diciembre de 2008.

Fátima ya tiene su propia familia, su marido. Sin embargo, está mucho también con su hermana, sigue apoyándola con los niños, al igual que su marido. Los fines de semana también los comparten. "Tengo mucho cariño a mis sobrinos, me gusta estar con ellos, a veces voy a verlos y me quedo a dormir en casa de mi hermana, con ella. A la mañana voy directamente de su casa a trabajar. Otras veces, si estoy de mañana, voy a pasar la tarde con ellos. Este mes de Ramadán mi hermana está en mi casa, estamos mejor juntas".

En cuanto a su marido, no tiene aún permiso de trabajo. Él tiene ganas de trabajar y ella de que trabaje, le parece importante por muchas razones, no sólo por la económica. Mientras tanto, aprende castellano, hace cursos, ayuda a la hermana de Fátima con los niños y participa en las labores del hogar o colabora, por ejemplo en la elaboración de los dulces de la fiesta del Ramadán. Cuenta Fátima que harán falta cinco años de residencia en España para que consiga el permiso de trabajo.

Hablamos largo rato. Sobre los contrastes de las culturas, sobre las experiencias vitales... Y conversamos distendidas en torno a que en la vida, nuestras experiencias son lo único que nos pertenece realmente.

Julienne...

Primero el sol quema tu rostro,
mientras tus pies
se hunden en la arena.
Después el curso del agua
será tu guía.
Sólo una escalera
te separa de esa línea tan fina
que llaman frontera.
Luego, luego
el viaje continúa.

M. Jose Pérez Moracho

JULIENNE

MILES DE KILÓMETROS EN BUSCA DE UN DESTINO

En Kinsasa capital, República Democrática del Congo, nació Julienne hace 37 años. A los 17 años tuvo un hijo, Francis. El padre del niño, un militar del Gobierno de Mobutu, la deja en el segundo mes de embarazo, aunque sí reconoce a su hijo y cuando cumple un año se lo lleva a vivir con él y con su familia, que tenía más medios económicos que la familia de Julienne, dejando a la madre verlo de vez en cuando.

Pasado un tiempo, Julienne decide recorrer su país en busca de una vida mejor, pero no le permiten llevarse a su hijo. Va y viene para verlo. Recorre el Congo con un amigo con el que tiene un proyecto de vida de futuro. Siguiendo a algunas amistades, deciden emprender el viaje hacia una vida con más oportunidades, esta vez su destino es trabajar en España.

Recorren en coche Senegal, Malí, Níger, Mauritania, Argelia... kilómetros y kilómetros, semanas y semanas. Hasta llegar a Marruecos y de ahí a la frontera con España, "Caminamos por la noche hasta llegar a la escalera, la subes y si no te coge la Guardia Civil, llegas a Ceuta y te atienden en la Cruz Roja y te dan asilo político o la tarjeta amarilla de asilo. En ese tiempo querían que llegáramos a España a trabajar", cuenta Julienne.

Llegada a España

De este modo llega a España el 14 de diciembre de 1998. Su hijo se ha quedado en África, ya que su padre no ha permitido que se lo llevara. Julienne, junto con el amigo con el que había venido, viaja a Zaragoza en julio del 1999. "Cruz Roja te mandaba por parejas a Zaragoza, Palencia, a otras provincias y te ayudaba al principio económicamente". Pero entonces cae enferma. "Estaba bastante tiempo enferma en aquella época. Suerte que Javier, el trabajador social, hablaba francés y se comunicaba conmigo y con mi amigo. Yo estaba en estado crítico, hasta que me curé y salí del hospital", relata. "Un tiempo y luego hay que dejar sitio a otros refugiados y otras refugiadas, se acaba la ayuda de refugiada para ti", añade.

En Zaragoza llega la primera regularización, la del año 2000, lo que necesitaban. Su amigo consigue la tarjeta de residencia y el permiso de trabajo, pero a ella se lo deniegan, debido a un altercado que había tenido una conocida, mientras Julienne la acompañaba Como el caso quedó pendiente de juicio, perjudicó a Julienne "a pesar de ser inocente".

Su amigo se marcha a trabajar a Pamplona en 2001, informado de un empleo por amistades africanas que ya estaban instaladas en la capital navarra. Ella se queda un tiempo sola en Zaragoza, hasta que él encuentra trabajo y la llama para reunirse en Pamplona de nuevo. En 2001 vuelven a rechazarle los papeles y la derivan a Tarragona, donde había ocurrido el altercado pendiente de juicio.

Sueños rotos y los papeles

En Pamplona comienzan los problemas de convivencia con su amigo y a Julienne empiezan a caérsele los sueños, el proyecto en común y una vida mejor junto a él. La situación comienza a ser insostenible, viviendo una historia de maltrato. Además, ella sigue sin papeles para poder trabajar. Decide pedir ayuda. Lo primero es conseguir el permiso de trabajo para poder comenzar sola de nuevo. Entre tanto, mantiene contacto con Francis, su hijo, por teléfono.

"María y Conchi, de Cruz Roja, me empiezan a ayudar para acabar con el tema de Tarragona". Después de muchos esfuerzos, intentos y burocracia, finalmente la jueza le cita en Tarragona: "Allí me dice, eres inocente y que mandaran la sentencia a Cruz Roja de Pamplona". Incluso recibe ayuda de esta organización para costear los viajes, la pensión y la comida en Tarragona, ya que no podía trabajar todavía por la situación irregular. "Conchi me mandaba tareas, para que no me quedara triste y sola, a hacer paquetes de comida y cosas así. Además, en esa época a muchas inmigrantes nos enseñaban a coser, cambiar cremalleras, poner botones...", recuerda.

También entonces aprendió mejor el castellano. Mientras trabajaba allí, en Cruz Roja, le llegó la noticia: había sentencia favorable para ella, ahora sí le concederían los papeles. "El 26 de diciembre de 2002 fui a meter la huella para los papeles de residencia. Yo muy contenta, no sé como agradecer. Fui en autobús a Zaragoza, me dieron el resguardo y en 30 días el NIE. Yo estaba feliz, muy feliz y sólo pensaba, ahora a buscar trabajo", relata.

El empleo y la aventura de traer a su hijo

Así, comienza su andadura por el mundo laboral, "Muy difícil, poco a poco", resalta. "El primero fue en una lavandería, muy contenta". Entonces ella ya pensaba en traer a su hijo a España para que estudiara, tuviera una carrera y un futuro mejor que en su país.

Desde 2001 refuerza el contacto con su hijo y el padre comienza a estar de acuerdo con que venga a España, ya ha cumplido 10 años. "Quiere que venga aquí para que estudie, él me ayudará. Dice: No hay problema". Mientras, ella manda dinero para su hijo. Empieza una nueva etapa, en la que trata de conseguir poco a poco todo lo que necesita para traer a Francis a su lado, con la ilusión de que pueda estudiar. Primero tiene que mandar dinero para que él emprenda el viaje con un "tutor" (hombre al que se le paga para que acompañe y cuide al menor) que lo lleve hasta Marruecos.

Y un día, Francis comienza el mismo largo viaje que años atrás hizo su madre, acompañado además por un primo, sobrino de Julienne, un poco mayor que él. Congo, Santa Afric, Camerún, Nigeria, Níger, Argelia y Marruecos..., kilómetros y kilómetros de coche. Cinco meses de viaje. Para quedarse atrapados en Marruecos casi 2 años. "Yo les mandaba dinero para la comida y la habitación. En 2005 por fin pude ir a visitarles a Marruecos. Estaban en una situación fatal. Comer, comían bien, con el dinero que yo les mandaba cada mes, pero la convivencia era fatal, no dormían bien..., mucho sufrimiento. El día que yo volvía a Pamplona se quedaron llorando", recuerda.

El tiempo pasaba y seguían en Marruecos en situación irregular. A veces llamaban para decir que estaban mal, viviendo en una habitación, solos en un país desconocido y con muchos conflictos para ellos. "Pedí un préstamo para que esa persona les trajera de Congo y luego esa persona no me cogía el teléfono muchas veces". Julienne lucha desde Pamplona para aliviar su angustia y para poder traerlo.

Entre tanto, se queda sin trabajo en la lavandería, ya que los pedidos de los que ella se encargaba los mandan fuera de Pamplona. Lucha por seguir en este trabajo, se desplaza incluso a la localidad donde se han llevado los pedidos con la esperanza de que la contraten, habla con servicios sociales para conseguir alojamiento dispuesta a quedarse a vivir allí para mantener el empleo...

Pese a todo su empeño, no es posible y se ve obligada a buscar otro trabajo. Comienza a ofrecerse en lavanderías, después va ampliando el objetivo laboral a otros sitios. También acude a Gaztelan, donde se hacen intentos de intermediación con las empresas para buscarle algo, pero no acaba de cuajar.

Como pasa el tiempo, prueba en el servicio domestico -aunque ya tiene permiso de trabajo- y pasa varias entrevistas pero no la cogen "porque es negra", ya que así se lo expresan abiertamente las personas que la entrevistan. Comienza entonces unas prácticas en 4vientos, empresa de limpiezas promovida por Gaztelan. Después realiza algunas sustituciones y más tarde unas horas fijas. Mientras, vive en habitaciones.

La angustia es patente en Julienne y se sincera con la empresa contando su situación personal, la empresa se implica. Dado que en ese momento la persona que lideraba 4vientos, tenía un contacto en Tánger. El contacto desde Tánger empieza a agilizar un poco la salida de los niños de Marruecos. Entre 2005 y 2006 se dan todos los pasos para conseguir el pasaporte de Francis y que éste pueda entrar en España legalmente por reagrupación familiar ya que estaban fuera del territorio del Congo.

Pero para ello ella necesita dejar de vivir en habitaciones y conseguir una vivienda, unos ingresos económicos mínimos -que no alcanza- y algún que otro requisito. El 9 de enero de 2006 pasa la primera inspección para la reagrupación.

"Como ganaba bien para lo que me pedían para la reagrupación, busqué piso de protección, me llamaron y me concedieron". Pese a que el alquiler era de régimen general y suponía 600 € al mes, ella se animó. Necesitaba una casa para la reagrupación y para traer a los chavales. Sigue decidida en su empeño, investigando y estudiando posibles ayudas y estrategias, movilizando a personas... Así logró, por ejemplo, algunas ayudas para el mobiliario.

Para entonces a Julienne ya le habían llamado, avisándole de que su sobrino, tras una redada en su casa, ha sido detenido, ya que estaba ilegal en Marruecos y expulsado al desierto. Donde lo encuentra ACNUR (Alto Comisionado de Las Naciones Unidas para Las Personas Refugiadas) Desde donde llaman a Julienne para saber, si ella es su tía y si se iba a hacer cargo de él, de lo contrario lo mandarán a un centro de acogida o de vuelta a Congo.

El 11 de enero de 2006 el sobrino consigue así llegar a Pamplona como refugiado. Su hijo permanece en Marruecos y siente celos y rabia porque su primo está ya aquí y cree que su madre lo ha traído a él antes porque le quiere más... Mientras tanto, Julienne comienza a trabajar en Varazdin, repartiendo propaganda, ya que en la empresa de limpiezas ya no había un puesto estable para ella en esos momentos.

Una vez concedida la reagrupación, el contacto que tienen en Tánger acoge al hijo de Julienne en su casa durante un tiempo, hasta que avisan a Julienne. Así lo relata ella: "Me dice: prepara el billete para Francis que va a España. Y llega, era el 7 de abril de 2006, yo saltó de alegría, no lo puedo creer, fue el día más feliz de mi vida. Lo veo andando hacia mí en el aeropuerto, empiezo a gritar, todo el sufrimiento desaparece, ya está", recuerda emocionada.

Desencuentros y encuentros

La vida comienza de nuevo y empiezan también algunos desencuentros. Julienne quiere que Francis estudie, que vaya a la universidad. Por su parte el chico creía que su madre tenía una vida acomodada y de abundancia aquí, que todo el tiempo que él ha estado sufriendo y aguantando era para llegar a un pequeño palacio donde él será el único príncipe de su madre... Pero Julienne no tiene lujos, trabaja repartiendo propaganda y los fines de semana cuida a un anciano para poder pagar los 600 € del alquiler, comer y hacer frente al resto de gastos que tienen ahora que son tres. Su sobrino ha comenzado a estudiar.

A Francis se le desvanece el palacio soñado y la situación le desborda. La agresividad contenida durante los años sufriendo en Marruecos sale a borbotones contra su madre. Julienne no sabe qué hacer y con sus sueños también hechos añicos finalmente pide ayuda. El chaval ha llegado incluso a agredirla y a ella no le queda más remedio que denunciarlo para que entre en un centro de acogida donde aprenda normas de convivencia y pueda elaborar, desde la distancia con su madre, los posibles desacuerdos...

Asimismo, es necesaria una intervención familiar para construir un vínculo afectivo saludable. Para entonces, la madre está muy enfada y cansada, dolida, por lo que les cuesta llegar a acuerdos para conseguir tratarse con respeto. Recuerda como las primeras visitas transcurrían sin hablarse.

Luego es él quien comienza a dar pasos adelante y solicita ver a su madre. Tras dos años en un piso de acogida, manteniendo visitas y acuerdos con ella, vuelve a casa por deseo propio. Ha estudiado carpintería en la Granja Escuela Ilundaín, aunque su madre sigue queriendo que vaya a la universidad, y ha empezado a trabajar como carpintero. "Él quiere trabajar para ayudar a su abuela paterna, quien lo crió y con quien mantiene relación".

Entre tanto el sobrino de Julienne, a quien le había ido bien en sus estudios de electricidad en Salesianos y que parecía estar centrado, comenzó a beber. "yo sufriendo para que vengan. y vienen y lo mismo, a sufrir". Recuerda que en el Congo no había bebida, que ellos son jóvenes y que les afecta el choque de culturas, descubren cosas y no pueden parar...

De ese modo para cuando Francis sale del centro y vuelve a vivir con su madre, su primo ya no está en casa.

Las cosas parecen ir bien, Julienne vive con Francís, la madre de Julienne enferma y decide ir a verla. "Llevaba muchos años en el extranjero, sin verla, desde el 98 no la veía". Era junio de 2008. "Francis me dice: tienes que ir a ver a tu madre, yo te ayudaré, y me dio el dinero para pagar el billete, ¡yo emocionada!, es una ayuda muy grande, el chico ha cambiado...", relata, emocionándose.

Julienne sonríe recordando ese tiempo.

Emprende el regreso a África. "Mi madre fatal, allí todo fatal, el país fatal, nada bueno, los gobiernos, la situación mal, mal. Un mes allí viviendo con mi familia en la casa, con gripe fatal, quería morirme, todo el mundo venía a pedirme dinero porque había venido de España. El día de regreso llegué aquí en muy mal estado de salud y me ingresaron". Le hicieron muchas preguntas para saber que tenía. Julienne se hace eco de la falta de higiene en su país. "Ya le digo que estaba todo el día en casa, yo sé que allí hay mucho sucio, basura tope y respiramos mal, la gente caga y orina fuera, la situación de mi país es mala y allí me cogí este virus", relata. El virus finalmente se curó, ahora se hace revisiones rutinarias cada seis meses. "Me quede, muy flaca, muy delgadita, tú no ibas a reconocer que era Julienne".

Cuando se recupera comienza a trabajar en el empleo social de Pamplona. En casa, la convivencia parece torcerse de nuevo. El sobrino ha vuelto a casa. Viven tres meses juntos con Julienne. La convivencia entre los primos es difícil.

La situación se complica al adjudicarle el piso de protección oficial que había solicitado. "Cuando me salió este piso yo no trabajaba, acababa de regresar del Congo, y les propongo a los dos aportar dinero y yo también. Francis dice que es mucho dinero para él y que mejor se va a vivir solo y empezamos a discutir otra vez, por el dinero. Él manda dinero a la familia de su padre".

Así, Francis busca un piso y se marcha el 29 de diciembre de 2008 a vivir por su cuenta. Desde entonces no se ven. Julienne ha optado por mantener la distancia, dejarle que viva por su cuenta como él desea "Cuando un hijo se porta mal, el corazón de la mamá siempre está mal, ya estoy cansada", reconoce. Prefiere dejarlo vivir por su cuenta y quizás un día hallen un lugar común donde encontrarse. Sabe que está bien, es un chaval de 19 años, responsable, con un trabajo estable desde hace dos años.

Su sobrino sigue entrando y saliendo. Julienne ha intentado todo, cree que es mejor no sobreprotegerle, no facilitarle las cosas para que así el reaccione, deje de beber y busque un empleo.

Ahora Julienne está desempleada y cobra subsidio por desempleo. Aprovechando ese tiempo que tiene se ha apuntado para aprender informática. Sigue intentando construir su destino día a día.

En el patio del colegio
Jugábamos al pilla, pilla
Mis compañeras y yo.

Reíamos mucho,
A veces, la señorita Celia
Nos castigaba.

Continuábamos riendo.

Hoy sigo riendo.

La sonrisa siempre me acompaña
Donde quiera que me encuentre
Sonreír me da ánimo y fuerza
para seguir adelante

Lidia Beltran Montero

LIDIA

PEDIR, SENTIR Y PENSAR: ¡YO PUEDO!

Lidia es una mujer activa de 32 años. Vivía en un barrio de Cochabamba (Bolivia), con sus hijas y el padre de las niñas. Trabajó de peluquera y después de cocinera para una empresa de yacimientos y refinería. Había gente que le hablaba de España. Lo describían como "un país viejo, donde había que trabajar duro". Con la esperanza de hacer dinero y también –ahora es consciente de ello- para poner tierra de por medio en una relación de pareja que hacía aguas hacía tiempo, decidió lanzarse sola a la aventura y descubrir por sí misma cómo era ese país del que la gente hablaba y del que algunas personas regresaban. "No vine para quedarme, la idea era ganar dinero, mandarlo para allí, ir juntando y montar algo en mi país. Si estás aquí sola, ganas dinero y al cambio sale mejor, pero si vives aquí con tu familia es igual aquí que allí, lo que ganas es para la casa, la comida, el colegio... y nada más". Sus hijas se quedaron al cuidado de una tía, ya que el padre trabajaba.

Familiares y amistades no creían que fuera a ser capaz e intentaban desanimarla. Pero ella insiste: "Yo quería verlo por mi misma". Decían que España era un "mundo viejo", ella imaginaba un país grande, de casas viejas, donde se trabajaba mucho y sin descanso, luego no fue así, recuerda. Fue reuniendo poco a poco algo de dinero y también pidió ayuda a un familiar cercano; éste también dudó de que al final se atreviera a hacer el viaje sola y menos que le pudiera devolver lo prestado. Pero ella lo tenía claro, le dijo: "Concédeme tres meses desde la llegada y tendrás tu dinero de vuelta y con intereses". Y así fue. "Mi padre siempre me decía que confiara en Dios, y yo confiaba y pedía. Pide y te darán, y desde allí ya empecé a trabajármelo así. Confiando y pidiendo para mí lo que necesitaba", explica.

Recuerda el momento de la llegada al aeropuerto de Bilbao, el 6 de diciembre de 2003, la ilusión, y también los miedos. Traía dólares y como no sabía a cuánto estaba el cambio temía que pudieran engañarla. Además, viajaba con pasaporte de turista y en siete días supuestamente tenía que regresar a Bolivia... Aquella noche la pasó en Bilbao. Después, preguntando llegó a la estación de autobuses y cogió un bus hacia Pamplona, donde tenía previsto reunirse con una compatriota, vecina de su barrio, que llevaba ya

medio año en la capital navarra. Su amiga le aconsejó que confiara y que anduviera sin miedo; los primeros días compartieron vivienda. "Miedo miedo, no tenía, caminaba tranquila delante de la policía y hasta hoy nunca me han pedido los papeles; a otras amigas si y las han deportado".

"Si dices no puedo ya te vas así con la cabeza abajo, no puedes hacerlo, si dices sí puedo hacerlo, sí, por eso yo siempre he dicho sí, ¡sí! Sí puedo hacerlo, aunque no supiera cómo", asegura Lidia.

El primer empleo

En algo más de un mes encontró trabajo de interna, cuidando a una señora mayor, "Entonces había empleo, había para escoger, no como ahora". Recuerda aquella primera casa con cariño. "Me trataron bien, aunque lo pasé muy mal al principio, con los cambios de humor de la señora". Ésta la trataba con expresiones despectivas que además no entendía. "Al principio lloraba y todo, hasta que poco a poco fui entendiendo y aprendiendo que la señora era así; un día, ven aquí cariño, y otro día, lo otro", cuenta. Comía bien en la casa y así podía enviar casi todo el dinero a su país. "Estuve como un año y ocho meses y tuve suerte porque me tocó la regularización de 2004 y conseguí los papeles", añade.

Hasta que un día la tía a quien había encargado el cuidado de sus hijas también quiso viajar a España y dejó a las niñas con el padre. "Llevaba sin verlas dos años, sólo podía hablar con ellas por teléfono y pasarlo mal". Pasaron tres meses y las niñas le contaban que no comían bien, que no estaban bien. "Desde aquí yo sólo podía mandar dinero y llorar". Aún así, las niñas insistían en que en la casa no había comida. "Hasta que un día su padre me dijo: ¡Ya no aguanto más a tus hijas, llévatelas!". Sin embargo, no quiso autorizar que vinieran si no venia él también. Y tres pasajes de avión era mucho dinero...

Lidia buscó un piso y se encargó de organizarlo todo. Cuando finalmente llegaron, en 2006, él se fue por su cuenta. "La gente ya me decía que andaba con otra desde que me fui, al principio no quise creerlo". Las niñas, que tenían entonces 5 y 7 años, se quedaron con Lidia. "Al principio tiraban cosas, pero enseguida se adaptaron muy bien, al colegio y a todo. Ahora si les preguntas no quieren irse de aquí por nada. Yo estoy aquí por ellas, aquí se puede comer y la educación es mejor", dice.

Esa época tras la llegada de las niñas fue dura. Al tener que ocuparse de ellas ya no podía trabajar de interna y estaba sin empleo. El dinero y los ahorros se acababan; había estado mandando todo el dinero a Bolivia durante más de dos años, apenas comía y se quedaba sólo con 5 € para el fin de semana. Traer a las niñas y al padre de éstas también había tenido un enorme coste económico.

El alquiler le costaba 750 € al mes. Intentaba realquilar las habitaciones, pero al ser un 4 sin ascensor era muy costoso. Tomó la decisión de dejar el servicio domestico y conseguir un contrato, trabajando de cocinera. Sabía que tendría que formarse, pero estaba dispuesta. "Yo había trabajado de cocinera en mi país, para una empresa en la que dábamos 400 comidas al día, así que este trabajo no me daba miedo, la cosa era que aquí se cocina distinto, hay más pescados y más verduras. Había aprendido mucho en la casa con la señora, pero sabía que me quedaba mucho que aprender", relata.

Además al intentarlo se encontraba con barreras. "Yo llamaba a los anuncios de bares y siempre me preguntaban si tenía experiencia. Si decía que no, pues nada. Así muchas veces".

Cuando un día acudió a Gaztelan le hablaron de los cursos que había, de la necesidad del carné de manipulación de alimentos, de todos los pasos que había que ir dando para avanzar en su objetivo. Se pensó también en ayudas públicas de las que se podía beneficiar como la renta básica y se empezaron a gestionar dada su situación familiar.

"Hacía varios cursos a la vez a la mañana en Gaztelan, otro a la noche y después seguido otro curso de ayudante de cocina. En Cruz Roja y UGT Y al acabar las prácticas de Gaztelan ya me contrataron casi dos meses en verano. Con esos tres cursos pude hacer curriculum, tener experiencia, para trabajar en bares". Comenzó a llamar a los anuncios que se publicaban prensa y consiguió un empleo de ayudante de cocina. "¡Lo había conseguido!".

De hecho, le habían concedido la renta básica pero no llegó a cobrarla, porque para cuando la resolución oficial llegó, ella llevaba ya tres días contratada y trabajando... Ella iba muy rápido, más que la burocracia de las ayudas. Sonríe, se siente orgullosa de lo que ha ido consiguiendo y recordarlo le produce satisfacción, toma conciencia de todo el camino que ha logrado recorrer...

Comienza a trabajar de ayudante de cocina

Del primer bar en el que trabajó, tiene buenos recuerdos del principio, pero después comenzaron a tratarla mal. Lidia reconoce que es lo que peor lleva en un empleo, que la traten mal como persona, y en segundo lugar, que no reconozcan su valía. "Trabajaba mucho, de 8.30 a 17.30, seguido, sin comer y por poco dinero", dice.

Explica que para adquirir experiencia aguantaba, el contrato era de seis meses. "Estaba contenta de aprender, aprendí mucho, pero salía cada tarde llorando, recogía a las niñas del colegio y mal". Entre tanto, el padre de las niñas quiso retomar la relación con ellas y visitarlas los fines de semana. A Lidia le vendría bien para ir al trabajo sin tener que hacer malabarismos con amistades para dejar a las niñas o pedir cambios y recuperar horas.

Pero ese apoyo duró poco tiempo y casi lo recuerda más como una carga y una desazón, ya que muchas veces no sabía si podía contar con él o no tan sólo media hora antes de ir al trabajo... Y con la tristeza de tener que dejar a dos niñas tan pequeñas todos los fines de semana, las noches que tenía que trabajar... "Entonces era peor, ahora ya son grandes". Sin embargo, como con todo, Lidia no se desanimó y encontró nuevamente una buena solución. "Conocía a una chica que pagaba habitación en otra casa y un día le propuse, te dejo una en mi casa sin pagarme, sólo tienes que atender a mis niñas, estar con ellas, darles la cena, dormir en la casa los días que trabajo de noche... Y desde entonces así nos apañamos, ahora también, cuando llego ya todas duermen y por la mañana yo las atiendo. Las llamo de vez en cuando por ver que están haciendo, ellas me dicen que están bien y yo me quedo tranquila, trabajando".

Después de cinco meses en ese primer bar, decidió hablar con la dueña, comentarle que no estaba a gusto, tantas horas seguidas sin poder comer, honorarios escasos en función de las horas, la mucha disponibilidad que le exigía ya que empezó a pedirle cambios horarios, turnos partidos sin apenas previo aviso, noches...

La propietaria le dijo que estaba muy contenta con ella pero que si no estaba a gusto que podía marcharse. Y Lidia decidió dejarlo. "Al principio tenía miedo a no encontrar empleo, me arrepentía, pero dije, no, yo confío en Dios y yo pedía, así, ¡yo puedo! me decía". Puso un anuncio en el periódico. Sólo

estuvo quince días sin trabajar; le llamaron de varios sitios. Y en uno de ellos, ya en la primera entrevista le cogieron. Y ya lleva en este empleo tres años.

"Me preguntaron si tenía mucha experiencia y yo dije, mucha, mucha no, pero estoy dispuesta a aprender y él dueño dijo que no necesitaban que aprendiera si no que supiese, y se me ocurrió decirle que si, pero que cada bar es distinto y distinto cada menú y eso hay que aprenderlo", recuerda. "Parece que a él esta respuesta le gustó. Además, cuando se enteró dónde había trabajado antes y con quién, me dijo: si has aguantado a esa mujer te debe gustar mucho esto". Sabe que fue valiente en aquella entrevista. "Sabía que desconocía muchas cosas, pero yo era decidida, siempre he sido así, decidida, digo que sí a todo, me digo ¡si puedo, hay que intentarlo!".

Lo ilustra con ejemplos. "Cuando cuidaba a la abuela también les dije que sabía, y luego le preguntaba a ella: ¿cómo te gusta que te haga las lentejas?, por ejemplo, y ella me iba diciendo ahora echa esto y lo otro y así me iba enseñando sin saberlo, o con las verduras, porque aquí hay muchas verduras que en mi país no hay", cuenta. "En el bar que estoy ahora fue igual, me cogieron desde el principio indefinida y además yo me ofrecí a que me cogieran de prueba sin pagarme siquiera durante una semana. Le dije, no tienes nada que perder, prueba y si no te convence pues me botas."

Desde un principio le dejaron claro que necesitaban a alguien capaz de hacerse cargo de la cocina si la cocinera faltaba por cualquier causa. Por tanto, era más que ser mera ayudante de cocina. "Yo creo que les gusté, porque querían una chica que le gustara trabajar en esto y aprender y que fuera capaz de hacer por ella misma... Estaba dispuesta a todo, dentro de mi sentía miedo, pero con ánimo, pedía a Dios y confiaba en que yo podía y dije: ¡si puedo!". La vieron decidida y tras diez días de prueba la contrataron indefinida.

Conforme avanza el relato, se acentúa su mirada, le brillan los ojos y la sonrisa se amplía llenando el rostro. "Me sentí muy bien, ¡ya valgo para esto!". Pasaron dos meses, tranquila y feliz con su trabajo. Un día la cocinera enfermó y había que ocupar su puesto. Había compañeras que llevaban mucho más tiempo que Lidia así que no pensó que le tocaría pero la cocinera propuso dejarle su puesto a ella, pese a llevar sólo dos meses. Le gustaba como trabajaba. "Me dijo: yo confío en ti y lo aprenderás. Me sentía bien por mí, bien conmigo pero mal por la otra compañera más antigua".

Recuerda la sensación incómoda de estar en medio y también el hecho de que ganarse la confianza de la cocinera le había costado lo suyo. "No puedes ir con chulería, cuando estas empezando, cuando no sabes, hasta ganar la confianza, luego puedes levantar la cabeza porque tu ya sabes también". "Al principio no me llevaba bien con la cocinera, ella no me saludaba, yo la saludaba de todas maneras, mi padre me lo ha enseñado, decía: hay que saludar siempre, no se pierde nada te contesten o no". Así que, con su empeño y saber hacer, consiguió que la cocinera la mirara un día, la respondiera otro. Conforme se iba produciendo el acercamiento, Lidia comenzó a servirle cuando les tocaba la hora de comer y mostraba su afán por colaborar. "Me ofrecía a ayudarle a preparar las cosas para el día siguiente, ella se extrañaba y me decía: ¿quién te ha enseñado? Porque ninguna dice eso". Y es que Lidia recordaba lo que aprendió en su país cuando ella era la cocinera y se acordaba de cómo dirigía a las chicas y qué quería de ellas, que le gustaba de ellas y poniéndose así en el lugar de la otra iba aprendiendo también aquí. "Aquí hay muchos más pescados que en mi país, por ejemplo, pero yo aprendía todo rápido y la cocinera lo veía y se motivaba a enseñarme más".

Sola organizando la cocina

Recuerda la época que empezó sola de sopetón, fue difícil pero también le sirvió para comprobar que era capaz de ir siempre más allá. Pasó a encargarse de la cocina, de los proveedores, de tareas que nunca había llevado a cabo... Y con la premura de la sustitución no había dado tiempo ni a que se lo explicaran. "Fue una época dura, los proveedores a veces te engañaban...". Pero se le ilumina la cara, contenta de lo aprendido, del logro de llevar la cocina ella sola. "Yo me encargaba de todo, cartas, pedidos, menús, postres..., me sentía orgullosa, ¡yo puedo hacerlo!", recuerda.

Se acuerda entre risas de los primeros Sanfermines, encargada de todo y sin saber cocinar algo tan típico en esas fechas como el estofado de toro o los callos o los chorizos a la sidra... "Gloria, la profesora del curso de cocina, me había dejado su número para lo que necesitara. La llamé y por teléfono ella me iba diciendo y yo lo iba haciendo, y las cosas salían...". Aprendía rápido, con su empeño y su motivación, con una vez por teléfono ya lo hacía sola.

En otra ocasión, el bar debía participar en la semana del pincho de Pamplona. Le dieron carta blanca, confiaron en ella. No recuerda exactamente el pincho que preparó. "Algo con anguila, me gusta crear en la cocina, vino mucha gente a

probarlo". No fue consciente de la importancia del evento, hasta que una amiga llegó con el periódico donde aparecía su nombre y se sorprendió.

Mirando la noticia del periódico de aquel día, que ella guarda, se ríe con timidez y contempla la foto del pincho que ella creó: 'Anguila sobre mil hojas de sorpresa de piquillo, dulce de cebolla y sirope de cava'. Y al lado de la foto, su nombre como cocinera-autora.

Y le viene el recuerdo del recorte de otro periódico, en el que aparece una foto de sus hijas en un concierto en el Teatro Gayarre; la mayor toca el violonchelo y la pequeña, el violín.

Reorganización en la cocina

Después de un año y dos meses superándose cada día, la cocinera se incorporó en su puesto. Lidia volvió a su puesto anterior, pero ya nada era como antes, una cierta rivalidad se instaló en la cocina. Lidia intentó que hubiera una relación de respeto, llevarse bien, pero parecía que no podía ser, hasta que un día tuvo la ocasión de hablarlo claramente con ella y con el jefe de ambas, expresar sus desacuerdos y sus necesidades, dando cara al conflicto para resolverlo.

"Desde entonces nos respetamos. Yo antes me callaba todo, desde chiquita, aguantaba todo y lloraba. Ahora veo que no, que hay que hablar y decir las cosas, para bien o para mal. He aprendido que si no hablas te hacen más y más, pero si hablas bien las cosas, paran", asegura. "Siento que he hecho bien, me he superado mucho, siempre he dicho que yo puedo hacerlo. Me he sacado el carné de conducir y todo". Sin estudiar mucho, como ella dice, sacó el teórico a la primera, aunque la parte práctica fue más ardua, con muchas clases y muchos nervios en el examen. Hizo varios intentos hasta que decidió dejarlo por un tiempo. Mientras cogió de vez en cuando algún coche sin tener el carné y no entendía por qué lo hacía perfectamente y encambio los nervios le impedían aprobar. Al final, se animó.

"Un día me llamó el profesor y me dijo: te doy dos clases y al examen. Yo tenía muchas dudas pero pensaba en todo ese dinero que me había gastado, todo el esfuerzo que me había costado y al fin dije ¡sí!". El ánimo del profesor le despertó nuevamente su fuerza y su tesón y finalmente aprobó. "Vi que no se me había olvidado y que lo hacía bien. Sin pastillas para relajarme ni

nada, y eso que me tuvo mucho rato, me acuerdo de todo el recorrido. Me hizo aparcar y desaparcar tres veces... Y va y me dice: ¡chiquita, aprobada!".

Y es que Lidia todo lo que se propone lo consigue. "Conforme iba mejorando en mi trabajo iba confiando más en mí". Así, negoció que le bajaran el alquiler a una cantidad que a ella le parecía más justa y se adecuaba mejor a sus posibilidades económicas. Sonríe de su atrevimiento, de cómo ha aprendido a negociar y a expresar sus necesidades de manera positiva y con resultados satisfactorios.

Ya es española

El 21 de julio de 2009 recogió el documento que le certificaba la nacionalidad española. "Sí creo que he ido cambiado, cada vez más fuerte, más contenta. Con la nacionalidad, me siento más en paz". Es consciente de todo lo que ha ido consiguiendo sola. "Puedo lo que me proponga, al menos intentarlo, hay que intentarlo. Por ejemplo la nacionalidad, igual no me la daban, no se la dan a todo el mundo, yo lo intenté. Para bien o para mal, hay que intentar. Y me la han concedido para diez años. Ahora puedo irme cuando quiera a mi país y regresar, antes no.

Antes siempre aguantaba, lloraba..., pero empecé a hablar, ahora hablo y digo lo que creo y lo que necesito".

Pese a todo, no imaginaba que llegaría tan lejos, "He ido con toda la confianza y toda la fe que podía hacerlo y estoy contenta". "Ahora sí, ahora me imagino muchas más cosas, trabajar, con mis hijas".

En ocasiones anhela regresar a Bolivia para descansar. Se plantea quedarse en España doce años más, que las niñas crezcan, estudien, que sean autónomas e independientes, capaces de decidir qué hacer y ella volver a descansar a Bolivia. "Echo de menos la casa grande de allí, con un patio grande para bailar, danzar, hacer fiestas, reír. Aquí siempre hay quejas, las niñas tienen que ensayar pronto sus instrumentos para no molestar", comenta.

Tiene ganas de sentirse en su tierra, en sus raíces, no ha vuelto desde que se marchó. "Quiero volver a Bolivia, para estar en paz. Aquí siempre es una lucha, una está mejor en su país". Habla de ir y volver, de la libertad que siente con la nacionalidad y las ganas que ahora le salen de irse de vacaciones

y después volver de nuevo, algo así como vivir entre España y Bolivia. "En todos los sitios hay gente buena y gente mala, aquí y en mi país, pero aquí siempre te llaman inmigrante, en mi país hay muchos españoles y no se les trata así, al revés, no existe la palabra inmigrante", define.

Además, a pesar de las amistades que ha ido haciendo y con las que se siente a gusto, también se ha sentido muy sola a veces. "No tienes familia, no hay quien te ayude. Cuando estoy trabajando una chica viene a estar con mis hijas a cambio de cama, así están atendidas mientras no estoy de 19:30 a 01:00". Relata que entre amistades y soluciones así va construyendo sus apoyos.

Desea descansar, reconoce que ser madre soltera es agotador y la falta de apoyo familiar lo agudiza. Aún así, Lidia no ha parado y ahora está interesada en seguir estudiando, tal vez hacer el curso de acceso a la universidad. "Quiero aprender más cosas, seguir avanzando. Si volviera a mi país también seguiría estudiando", asegura.

En cuanto a las relaciones de género, comenta: "Aquí hay menos machismo, allí hay más, los hombres de allí aquí se cortan más, tienen miedo a la policía, muchos hombres de allí dicen que aquí la mujeres vienen a mandar. A mi me gustaría tener una relación en la que no me manden ni mande yo, donde nos comprendamos".

"¡Cómo pasan los años!", se asombra, al echar la mirada atrás. "Ahora si me quedo sin trabajo no tengo miedo porque ya sé hacerlo, cuando no sabes si pasas miedo", explica. Lidia está contenta, su jefe le ha dicho que no quiere que se vaya, que espera que se quede mucho tiempo. Además, la ha apuntado a un curso de especialización de cocina, para que aprenda y se supere más.

¿Qué les dirías a otras mujeres?, pregunto. "Que sean decididas, que traten de aprender. A las madres solteras, que no es tan difícil, que no digan que no pueden, que trabajando se puede. La idea de salir en un libro la atrae: "Sobre todo que les sirva a otras mujeres, yo también leo y a veces lo que leo me da fuerza para seguir adelante".

Este es un libro con nombres de mujeres, de mujeres valientes que pese a las dificultades, deciden construir sus destinos a imagen de sus deseos.
Es una recopilación de distintos procesos de integración sociolaboral de mujeres, donde ellas son las protagonistas de su historia vital.

Son historias corrientes de mujeres que han tenido que andar contra corrientes muy fuertes.

Ayuntamiento de Pamplona
Iruñeko Udala

AYUNTAMIENTO BERRIOPLANO
BERRIOBEITIKO UDALA